

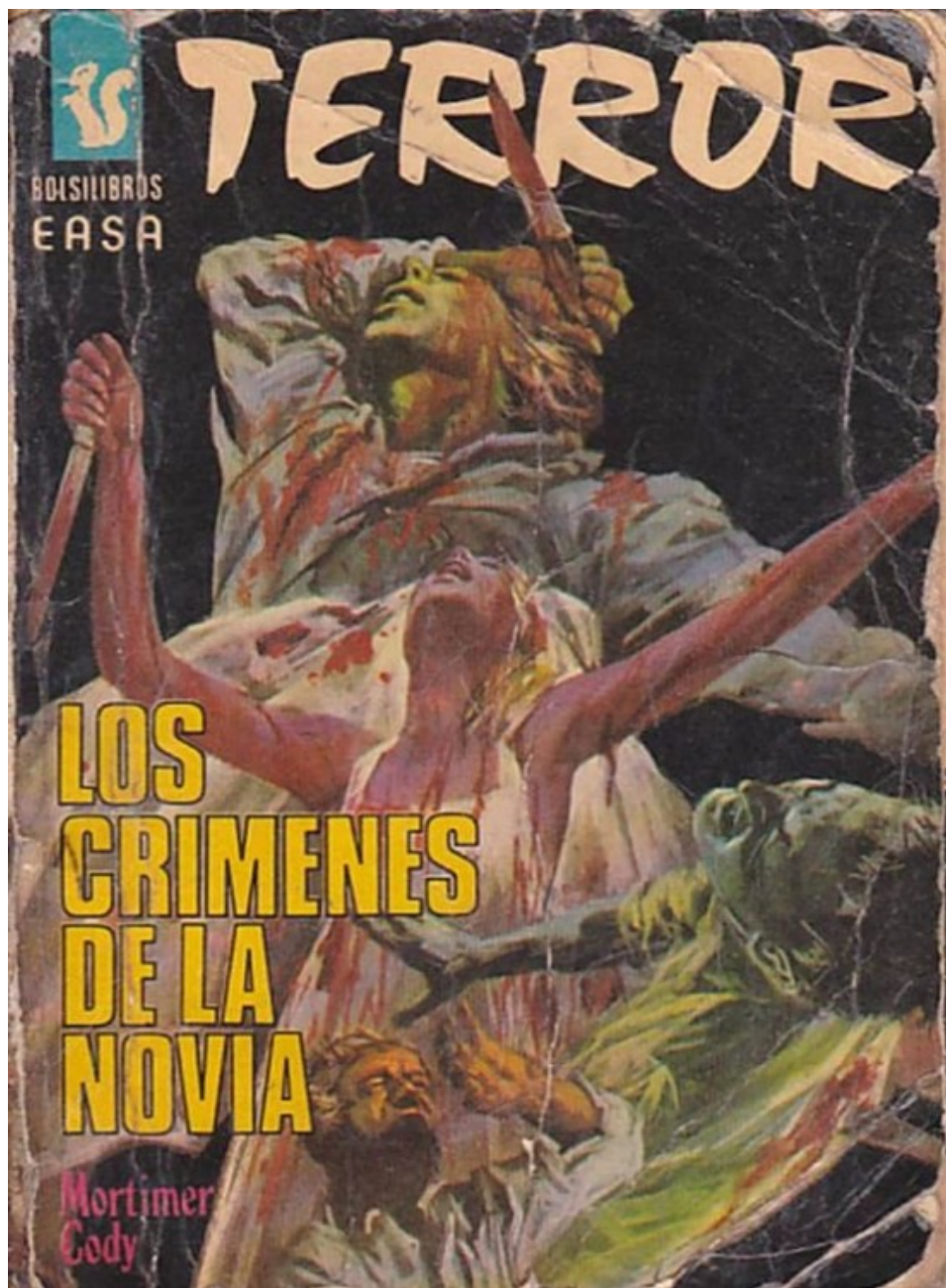


BOLSILIBROS
EASA

TERROR

LOS CRIMENES DE LA NOVIA

Mortimer
Cody



LOS CRÍMENES DE LA NOVIA

EASA TERROR Nº 16

©1979, Cody, Mortimer

©1979, ANDINA, S. A.

ISBN: 9788406017396

Generado con: QualityEbook v0.84

LOS CRIMENES DE LA NOVIA

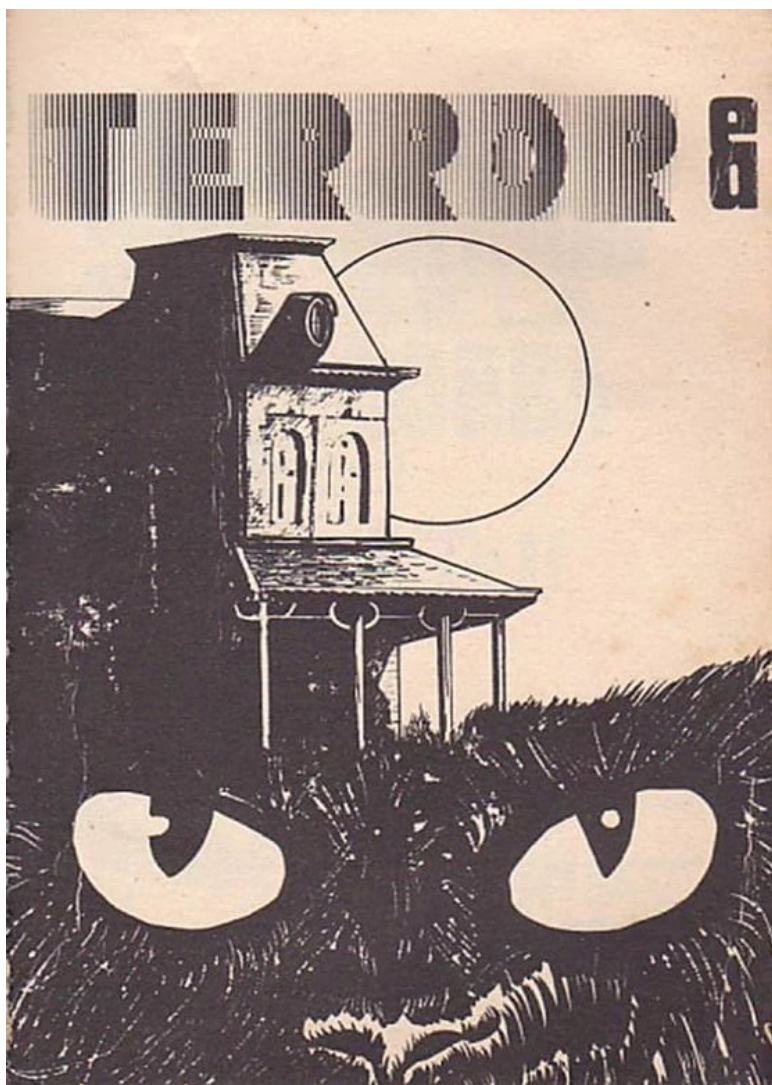
Mortimer Cody



TERROR 16

Publicación semanal

Aparece los viernes



© MORTIMER CODY

Derechos reservados por:
EDITORIAL ANDINA, S. A.
Polígono Industrial de Pinto
PINTO (Madrid)

Director responsable: Gregorio Ovejero

I. S. B. N. 84-06-01739-2

Depósito legal: M. 8.146— 1979

Printed in Spain LITOPRINT, S. A.

Villafranca del Bierzo, 32

Fuenlabrada (MADRID)

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

INTRODUCCION

EL «Riley» deportivo rodaba por Bayshore. Pasaba de medianoche, y la carretera estaba solitaria: una pista amplia, magníficamente asfaltada, como corresponde a una carretera nacional. La 101, desde San José de Cupertino a San Francisco, pasando por Santa Clara, Mountain View, y Palo Alto.

Había bosque a ambos lados de la carretera, en aquel tramo ya cerca de East Palo Alto. Noche de luna llena, además; una luna cuya luz parecía estar en todas partes, con un halo plateado, lleno de encanto.

La luna había estado en la bahía de San Francisco, había estado en los jardines del club de yates, estaba en el bosque, en la carretera... Y estaba también en el rostro de aquel hombre que iba junto a la conductora del «Riley».

Ella, de vez en cuando, miraba el rostro de aquel hombre; un rostro un tanto delgado, de facciones agradables; había también un halo en la cabellera del hombre, de color castaño claro, un tanto larga, pero muy bien cuidada. Un hombre joven, veintisiete años. Se llamaba Dan Bascomb.

—Dan...—llamó, quedo, la joven.

—Dime, Laurie

—¿Te ocurre algo?

—No, no... ¿Por qué? —intentó sonreír Dan Bascomb.

—Estás triste...

—¿Estando contigo? No digas eso, Laurie.

Laurie dejó de prestar atención a la carretera un instante para mirar a Dan a los ojos.

—Lo noto. Dan —murmuró—. Has tratado de ser amable diciendo que a mi lado no puedes estar triste, pero...

—Y no lo estoy, Laurie; sólo pensaba.

—¿En qué?

—¿No lo adivinas? —volvió a esbozar una pálida sonrisa. Dan.

—En nosotros... —suspiró Laurie.

—Sí. Nos amamos, Laurie... Me pregunto una y otra vez, sin cesar, por qué no es suficiente con eso...

—Lo es. Dan.

—No podemos dejar de ser realistas...

—Calla —cortó ella, con suavidad—. Nada hay más real e importante que nuestro amor. Ni una palabra más, Dan.

—Querías saber qué me ocurre, y ahora te niegas a escucharme —protestó Dan.

Ella rió con brevedad, con alegría; de un modo juvenil; cómo se ríe una chica de veinte años, que está junto al hombre al que ama, que disfruta de la velocidad, del viento en la cara, en una noche de pegajoso calor de pleno verano.

Tardaron medio minuto en avistar la casa de los Pheland, oculta en parte por un bonito jardín. Sólo había luz en la terraza principal de la casa, lo cual significaba que alguien debía estar esperando el regreso de Laurie. Esta detuvo el auto, frente al vado que daba acceso a la entrada de la casa.

—Tu padre está despierto —murmuró Dan.

—¿Y qué?

—Olvídale; eso lo hacen todos los padres: esperar a sus hijos para sermonearles, para ordenarles que no hagan lo que ellos sí hicieron a nuestra edad. Es normal. De todos modos, no quiero impacientarle demasiado. ¿Hasta mañana, Dan?

—Sí, sí, claro.

—Llévate el auto. Mañana vienes a recogerme con...

—No. Prefiero ir caminando, Laurie. Necesito pasear un poco...

—Como quieras...

Laurie, entonces, acercó su rostro al de Dan. Los ojos de Laurie pedían algo, dando a entender que estaba dispuesta, a su vez, a dar lo que fuese. Aquella vez, la luna incidió en los labios de Laurie, dejando en sombras el melancólico rostro de Dan. Este, silencioso, se había inclinado un poco, para besar aquellos juveniles labios. Laurie parecía no querer resignarse a la brevedad del beso, pero Dan se separó de ella.

—Buenas noches, Laurie —murmuró.

—Buenas noches...

Dan, entonces, saltó del auto, y echó a andar por la acera; no oía el ruido del motor, y se volvió, observando que Laurie estaba quieta, mirándole, despidiéndole con un dulce gesto de la mano. Dan correspondió y apretó un poco el paso, para perderse por la primera esquina.

Laurie, absorta en sus pensamientos, inundada de amor, parecía conservar en sus retinas la airosa y esbelta figura de Dan; era un hombre atractivo, culto, melancólico como una tarde de otoño. Pero, a la vez, tenía una extraña fuerza...

Laurie arrancó, pasando al recinto de la casa, y de allí al garaje, donde dejó el auto; tomó su bolso, y con su paso juvenil, tranquila la expresión del bonito rostro, se metió en la casa, para subir las escaleras y pasar directamente a su dormitorio, sin entretenerse, si bien había visto luz por debajo de la puerta del cuarto de su padre.

Ya en la habitación, Laurie, tras encender la luz, dejó el bolso, y fue hacia el «closet», abriéndolo. Tiraba los zapatos dentro, para ponerse unas cómodas chinelas, cuando oyó la llamada en la puerta, y la voz:

—¿Laurie? ¿Puedo entrar?

La joven hizo un mohín de resignación; se puso las chinelas y fue a abrir la puerta.

Mirándola a los ojos, con cierta fiereza, el señor Pheland entró en el cuarto de su hija. Luego, observó el corto minivestido amarillo que Laurie llevaba; observó la cabellera suelta, el brillo de su piel joven... Veinte años; sólo veinte años. Y el señor Pheland puso las manos en los bolsillos de su batín de seda, y dio unos pasos por el dormitorio, hasta quedar de espaldas a su hija, mirando a la noche del jardín a través de los cristales de la ventana.

Laurie, indiferente al parecer, fue hacia el bolso, extrajo el paquete de cigarrillos, y encendió uno; se sentó en un sillón, y esperó el estallido de su padre. Había ocurrido otras veces; el señor Pheland era irascible, intransigente, egoísta..., y bastante bruto. Inquirió con aspereza:

—¿De dónde vienes?

—He ido a bailar, papá.

—¿Con quién?

—No deberías preguntarlo. Ya lo sabes.

Entonces, sí giró el señor Pheland. Unos ojos oscuros, furiosos, brillaron bajo el ceño gris fruncido.

—Con ese..., con ese... —apretó los labios—. Tienes que olvidarle, Laurie. ¡Tienes que dejar de verle, de salir con él! ¡Es preciso que dejes

de creer que le amas!

—Dime una razón, papá; una sola, que valga la pena de ser considerada por mí.

Hubo un destello maligno en los ojos del señor Pheland cuando dijo:

—De acuerdo; te la daré: ese tipo ni siquiera es hombre.

Laurie pestañeó; palideció un poco.

—Esto... esto es indigno, papá...

—¡Sé lo que digo!

—No... No lo sabes... No tienes la menor idea de lo que es un hombre sensible, culto, delicado... Para ser un hombre, papá, no es necesario ser un bruto... —casi sollozó Laurie.

—¿Como yo, por ejemplo?

—No quiero discutir contigo más sobre esto, ni una palabra más. Tampoco quiero... ofenderte, insultarte. Ni deseo que vuelvas a humillarme.

—Voy a darte una tercera razón para que le olvides: sólo tienes veinte años, lo cual presupone que no has alcanzado la mayoría de edad. Y si tú no quieres seguir discutiendo, yo sí, Laurie. Están... están muchas cosas en juego... Intentaré que lo comprendas. Verás...

—No me siento con fuerzas ahora para seguir hablando, papá —cortó Laurie.

—Pero sí las tenías para bailar, para estar con ese... —el señor Pheland hizo un esfuerzo para calmarse— Laurie... ¿has pensado en el futuro que te aguarda?

—Sí. No hago más que pensar en ello.

—¿Y bien?

—Me siento feliz; muy feliz.

—¡No es posible! ¿Qué te ofrece ese individuo, Laurie?

—Amor.

—Mira...

—Buenas noches, papá, estoy cansada.

—Pues seguirás oyéndome. Ese... hombre, no es más que un cómico, un...

—Es actor dramático, papá.

—¡Es nada, nadie! ¿Cuál es su fama, su futuro? ¿Dónde están los periódicos que hablan de él? ¿Quién se ocupa de esa compañía de desharrapados que en mala hora llegó al pueblo?

—Es un actor joven aún; y muy brillante. Sólo que a veces la suerte

se muestra esquiva.

—La suerte no existe; es sólo la excusa de los ineptos; de la gente que vale poco, o nada... Todo es cuestión de trabajo, sacrificio, esfuerzo, acción... Ya sé lo que vas a decir: que yo también tengo algo de inepto, puesto que las cosas no marchan muy bien... Puesto que no puedo justificarme con la tan manoseada suerte, tendré que admitir que hasta ahora no he sabido encontrar el camino. Pero ahora lo tengo. Y tú estás incluida en él; cuento contigo, Laurie. Eres muy importante para mí, para mi éxito, para mis proyectos...

—¿De veras?

—Muy en serio. Y no por eso me considero egoísta; porque tendrás lo mejor, y...

—Yo ya tengo mi juicio formado de lo que es mejor para mí, papá. Temo que tus razones no me convenzan.

El señor Pheland miraba con terrible fijeza a Laurie. Esta esperaba ver enrojecer a su padre, pero la alarmó más el tinte pálido, amarillento, que adquirió el rostro de aquel hombre, al decir:

—Olvidarás ese Bascomb... Te lo digo yo.

—Nunca. ¿Lo oyes? Nunca... Estoy dispuesta a ayudarte, pero dejando al margen a Dan.

Pheland se humedeció los labios.

Su voz brotó ronca, con una vibración de ira:

—Soy capaz de matar a ese hombre, Laurie... Reflexiona.

Laurie, con los ojos muy abiertos, dilatadas las pupilas, vio marchar a su padre, que cerró de un violento portazo.

Capítulo 1

ERA una mansión de planta y piso, con enredaderas en las paredes. Un gran vestíbulo, salón, biblioteca... La decoración resultaba recargada, y... disparatada. Mezcolanza de estilos y calidades, sin el menor concierto.

Tenía una piscina bastante grande, con «solarium» y un jardín que parecía indicar cierto abandono; la vegetación silvestre resultaba demasiado exuberante en algunos puntos, signo de falta de cuidados. Por lo demás, la casa no era la mejor ni la peor de Alameda Avenue, al norte de Palo Alto, en el lugar denominado Rancho Pulgas, a poca distancia de uno de los frondosos bosques de la zona.

En el salón, el hombre. Charles Frisbee, chupaba de la pipa apagada; se había calado unas anacrónicas gafas, para releer una carta. En un sillón, frente a Charles, estaba su hermana, Dorothy Frisbee, mirándole, impaciente, nerviosa... Quizás el perenne nerviosismo de Dorothy era el culpable de aquella extrema delgadez de la solterona.

Dorothy Frisbee, a sus cincuenta años, se había despedido ya bastante tiempo atrás, de cualquier posibilidad con respecto a mejorar su figura, su aspecto, y de encontrar algo que hiciera latir su corazón.

De ahí que Dorothy, lisa completamente, con el rostro anguloso, con aquellos ojos azules fríos como un glaciar, bordeara la histeria en todas sus manifestaciones. En cambio, Charles también solterón, parecía más tranquilo, reposado...

—¿Cuándo llegan?

Charles Frisbee la miró por encima de las gafas.

—Mañana, Dorothy —dijo, con voz calmosa.

—Mañana, ¿eh? ¿Dicen lo que quieren?

Charles rió entre dientes, con la pipa mordida.

—Lo de siempre, Dorothy —dijo— ¿Qué van a querer?

Dorothy apretó los finos labios.

—Nuestro dinero... —dijo luego—. ¡Pues se acabó! No pienso soltar un centavo, Charles.

—Yo me encargo de eso, no te preocupes.

—Te ablandarás. Charles... Te conozco y...

—Nada de eso —cortó Charles—. Patrick ha abusado de nosotros, y se lo haré comprender así. Sin embargo..., él no tiene toda la culpa, Dorothy, hay que admitirlo así.

—La que no tiene la culpa soy yo, Charles; así que o me prometes que te mostrarás firme, o me encerraré yo con ellos; con Patrick.

Charles Frisbee se quitó la pipa de la boca; mientras reflexionaba, soltó un suspiro.

—Es cosa mía, Dorothy —dijo por fin—. Además, vamos a dejar las cosas bien sentadas de una vez para siempre. En fin..., es ya un poco tarde. Creo que lo mejor será ir a dormir.

Dorothy giró, y echó a andar hacia la salida del salón; pasó al gran vestíbulo, dirigiendo su cuerpo alto y seco hacia las escaleras que conducían al piso donde radicaban los dormitorios. Dorothy, con su cabello gris peinado sin coquetería, con aquella horrible bata estampada, sin la menor gracia, empezó a chillar al pisar el primer peldaño:

—¡Carrie...! ¡Carrie...!

Sin detenerse a ver si la criada la había oído, Dorothy siguió hasta su habitación. Al entrar, notó una vaharada de calor, y, contrariada, fue hacia la ventana, que daba al jardín. La abrió, y dejó pasar un soplo de brisa.

—¡Carrie! —chilló de nuevo.

Se abrió la puerta del dormitorio en aquel momento, y apareció la criada. A Carrie los gritos de miss Frisbee le sentaba poco más o menos como una trepanación de cráneo a lo vivo. Carrie era una criada joven, con un rostro redondo, agradable, y un tanto exuberante de formas.

—¿No me oías? —chirrió, con acritud, Dorothy.

—Estaba en la cocina, miss Frisbee...

—Mañana recibiremos huéspedes. No es que la visita me resulte especialmente grata, pero... hay unos deberes que cumplir, pese a todo. Procura que las cosas estén en orden.

—Sí, miss Frisbee. ¿Los invitados estarán para la hora del almuerzo?

—Pues no lo sé... ¡Que lo hubieran dicho! —se irritó la solterona—. Yo no adivino el pensamiento de la gente, así que...

—Bien, miss Dorothy.

—Puedes retirarte.

—Buenas noches...

Carrie se marchó, y la solterona quedó a solas. Se quitó la bata, y manipuló con ropas interiores, para ponerse un feo y largo camisón, que cubría sus huesos largos y estrechos, su cuerpo sin la menor gracia, y luego, refunfuñando, se metió en la cama. Leería los cinco minutos de rigor; el tiempo que los dos comprimidos tardaban en hacer efecto.

Tomó el libro que guardaba en la mesita de noche, y empezó a leer, pero aquella noche se había excitado demasiado. Y cuanto más trataba de olvidar la carta y sus noticias, más la recordaba; y se ponía furiosa.

Seguía con el libro entre las manos, pero sin leer; apenas se adormilaba. Oyó a Charles realizar los mismos movimientos de siempre, antes de meterse en el lecho. Carrie era silenciosa; jamás hacía ruido para acostarse. Además, Carrie dormía en la habitación del fondo...

Dorothy cerró el libro, apagó la luz, y cerró los ojos, tratando de dormir.

Los huesos de Dorothy se removieron en el lecho; creyó notar un poco de frío. Tal vez debería cerrar la ventana, ya que por la madrugada refrescaría lo suficiente para agarrar una pulmonía... Dio otra vuelta, y miró hacia la ventana.

Dorothy, entonces, quedó muy quieta, con los ojos redondeados, muy abiertos, en plena oscuridad.

La ventana estaba totalmente abierta, y el recuadro de claridad permitía ver a aquella figura, con toda perfección, incluso con ciertos detalles. Y Dorothy sin comprender, con el cerebro debatiéndose entre la realidad y las pesadillas, observaba el avance de aquella figura, en dirección al lecho.

Dorothy no comprendía nada. Por supuesto, no creía en fantasmas. Jamás había creído en ellos. No obstante, lo que estaba viendo era lo más parecido a un fantasma, aunque... No. No era un fantasma; la impresión la producía aquel largo y blanco vestido... ¡Un vestido de novia! ¡Una novia en su cuarto...!

Se produjo una súbita reacción en Dorothy, la cual, de pronto, quedó sentada en el lecho, con el camisón un poco abierto, sin mostrar más que una blanca piel, y el esternón, casi como un cuchillo; había algo de

similitud con lo que, de súbito, apareció en la mano derecha de aquella novia... De aquella figura con vestido nupcial, con velo sobre el rostro, con aquel ramito de azahar, artificial, en la mano izquierda...

La siguiente reacción de Dorothy fue experimentar un violento temblor; fue una sacudida de pánico incontenible.

Y aquello pareció acelerar los movimientos de la novia, que hasta el momento apenas se había movido. El brazo derecho de la novia, armado con un tremendo cuchillo, se abatió, entonces, sobre aquel pecho semidescubierto de la solterona.

Dorothy alcanzó a iniciar un grito; un grito bruscamente cortado, pero el agudo trémolo de aquella garganta había vibrado un instante en el silencio del cuarto, en el silencioso ambiente de la casa...

Y el grito, lo mismo que los temblores anteriores de Dorothy, parecieron obrar de algún modo en la novia.

El brazo armado, con rabia, con extraordinaria rabia, caía una y otra vez entre los huesos de Dorothy; la sangre empezaba a salpicar la cama, a manchar las sábanas; incluso unas gotas pasaron al blanco vestido nupcial.

Luego, a través del velo que le cubría el rostro, se percibía el jadeo de la novia. Y unas florecillas del ramito artificial fueron a parar sobre el enrojecido pecho de la víctima, que tenía los ojos saltones. Se había helado en sus pupilas una expresión de espanto que por sí solo quizás hubiese acabado con Dorothy.

Luego, la novia se movió hacia la ventana. Oyó pasos...

Alguien se movía en el pasillo.

Una voz; la voz de Carrie, sonaba a través de la puerta:

—Miss Frisbee... ¡Miss Frisbee!

La novia, entonces, desaparecía por el marco de la ventana. Y la puerta se abría. Carrie, quizás imprudente, pero asustada por el grito que había creído oír, encendió la luz.

Y su mirada se detuvo en aquel cuerpo atravesado a cuchilladas, cubierto de sangre; en aquellos ojos llenos de horror, abiertos y vidriosos ya por la muerte... Carrie sintió que la habitación daba un giro vertiginoso; se vio en el techo, en las rodantes paredes... Tuvo que dejarse caer hacia atrás, para poder apoyar la espalda en la pared.

Y gritó. Fue el suyo un grito largo, agudo, penetrante, por el que, todo su terror afloraba a la superficie... Y quedó temblando, quieta, mirando obsesionada al cadáver de miss Frisbee...

Fue cuando se produjo la llegada del adormilado señor Frisbee,

quien, más sereno, más entero, pese a que el horror desorbitaba sus ojos tuvo una brusca reacción dirigiéndose hacia la ventana abierta de par en par.

Miró hacia abajo, por el jardín...

—¡Carrie! —llamó con voz ronca, algo temblorosa—, ¡Carrie, date prisa...!

Ella con las piernas flojas como gelatina, se acercó a la ventana.

El dedo del señor Frisbee señalaba algo, allá, entre el jardín, ya cerca de la valla lateral. La mirada de Carrie, joven, aguda, captaba muy bien aquella imagen... fantasmal. Y reconoció el vestido nupcial; el velo que cubría a la novia, el ramito de azahar que llevaba en la mano izquierda... Fue una visión fugaz, puesto que la novia había desaparecido ya...

—Dios mío... Dios mío... —gemía Carrie, muy aturdida.

—Carrie... ¿qué has visto? —inquirió, por fin, el señor Frisbee.

—Lo mismo que usted. Una... una novia... El vestido nupcial, el velo, el ramito de azahar...

—¿Novia? ¿Velo? Pero es absurdo...

Carrie no despegó los labios; pensaba que, en efecto, era absurdo; aun habiéndolo visto con la suficiente claridad, era absurdo... Podían estar equivocados...

La criada no se movió cuando el señor Frisbee, repuesto de las primeras impresiones, decidió hacer algo práctico. Por el momento, fue hacia el «closet» del cuarto, extrajo una manta, y con ella cubrió el cuerpo de Dorothy. Ya era algo prescindir de aquel aterrador espectáculo.

Carrie ya podía mirar también; y se estrujaba las manos.

—Hay... hay que hacer algo, señor Frisbee... —musitó.

—Llamar a la policía; eso, de momento. Voy abajo, Carrie.

—Yo... yo iré con usted.

A medida que transcurrían los minutos, Charles Frisbee iba pensando con mayor claridad en lo ocurrido. Y apretaba los labios, que estaban blanquecinos aún, ya que la sangre aún no circulaba con normalidad por su cuerpo. Era curioso..., muy curioso; muy significativo, quizás: recibía la carta en la que se anunciaban aquellas visitas, y moría Dorothy... Asesinada de un modo brutal, horrible.

Ya estaba en el despacho, con el teléfono en la mano.

El reloj, en aquellos momentos, señalaba la una de la madrugada.

Capítulo 2

EL silencio era persistente, obstinado, entre aquellas cuatro personas; un silencio, por lo demás, con visos de lógica. Se encontraban en un lugar bastante peculiar; en la entrada había un rótulo que indicaba: «Slade's, Funeral Home».

Habían asistido a una breve ceremonia, y las cuatro personas habían visto el ataúd, en el que realizaba Dorothy su último viaje, meterse en el horno crematorio. Luego, pasaron a una sala de espera, aguardando la entrega de las cenizas. Ni una sola palabra habían cruzado entre ellos en la última media hora. Por lo demás, las expresiones de aquellas cuatro caras no podían ser más distintas entre sí.

El señor Charles Frisbee llevaba un traje negro, con un poco de brillo en los pantalones; camisa blanca, y corbata negra. Los demás, vestían de modo diverso.

Otro de los presentes, era Patrick, el menor de los hermanos Frisbee. De unos cuarenta años, un poco cargado de espaldas, con ojeras, y cierto aire de hombre fracasado. Patrick expresaba claramente preocupación, y no se molestaba en disimularlo; no dolor por la muerte de su hermana Dorothy, sino preocupación por algo que él sabía... y lo sabían todos.

Estaba el señor Carter Pheland, sombrío el rostro, fruncido el ceño gris, inmóviles los ojos oscuros. El señor Pheland parecía... impaciente; aún no le dejaban hundir su pico de cuero en lo que había dejado Dorothy Frisbee.

La última persona era una mujer; de unos veinticinco años, muy hermosa, pero con un rostro hermético, que restaba atractivo a sus rasgos. Laurie Frisbee, Pheland de soltera, mostraba una total

indiferencia. Frialdad, incluso. Además, fumaba, y lucía unos irrespetuosos «shorts» rojos, y un apretado jersey blanco. Su esposo, Patrick Frisbee, le había dirigido una mirada llena de reproche, pero Laurie no hizo el menor caso. Ella no engañaba a nadie.

Por fin, el propio señor Slade, el dueño del «Funeral Home», había aparecido, con las cenizas contenidas en un recipiente con forma de pequeño cofre, que entregó a Charles, expresando por última vez su condolencia por lo ocurrido.

Charles apenas respondió con una frase de agradecimiento, y sin mirar a nadie, echó a andar, en busca de la salida. Los demás le seguían cuando llegaron al auto. Laurie fue la primera en despegar los labios; dijo:

—Yo conduciré.

No había nada que oponer. Laurie era, de todos, quien mostraba más firmeza, por motivos obvios: la muerte de Dorothy la dejaba en la más absoluta de las indiferencias.

Laurie se situó al volante: a su lado, su padre, el señor Pheland. Detrás, los hermanos Frisbee, Patrick y Charles. El auto arrancó, en busca de la carretera que conducía a Palo Alto, para luego ascender hacia Rancho Pulgas, al norte.

—¿Qué dice la policía, Charles? —inquirió, de pronto Patrick Frisbee.

—Nada, Patrick. Están buscando a esa... novia, a esa mujer...

—Pero es muy extraño... ¿Estás seguro de que viste... eso?

—Completamente seguro —dijo Charles—. Y no lo vi solo..., por suerte. De haber estado yo solo, hasta dudaría. Pero Carrie estaba conmigo, en la habitación. Y vio lo mismo que yo. Por tanto, no se trata de un error ni de una alucinación... Además, la policía encontró en la cama de Dorothy dos florecillas de azahar artificiales.

—No lo entiendo... —murmuró Patrick.

—Ni yo. Esperemos que la policía consiga encontrar a la asesina.

—Sí... —Patrick se humedeció los labios—. Llegamos ayer, pero debido a lo de la pobre Dorothy, no hemos podido hablar aún, Charles...

—¿De qué hemos de hablar? —inquirió con cierto tono maligno en su voz. Charles.

Patrick dejó la barbilla sobre el pecho, y musitó:

—Ya lo imaginabas. Charles...

—De dinero.

—Sí, así es...

—No hay nada que hablar —dijo, con tono seco. Charles Frisbee—, ¿Lo oyes, Patrick? Nada. Has abusado de nosotros.

Por el retrovisor, Laurie miró a Charles Frisbee, con ausencia total de expresión. También miró a su esposo, a Patrick, y aquella vez, la boca de Laurie se contrajo con una mueca de asco, de desprecio, en la que se advertía también cierta mordacidad. En cuanto al señor Pheland, se había vuelto, un poco pálido, pero no dijo una sola palabra.

—Charles..., no me gusta hablar de esto, así..., y ahora: no me gusta, de veras. Pero... Supongo que Dorothy habrá hecho testamento. Y..., en fin, no tengo que decirlo todo...

—¡Ya hablaremos de eso!

—Ahora, Charles.

—Mira...

—¡Necesito dinero! —se excitó Patrick—. Esta vez es algo nuevo, distinto... Nada tiene que ver con mis negocios anteriores... Es algo sólido, que me abre grandes perspectivas... Tienes que ayudarme. Charles. Además, estoy seguro de que Dorothy, al escribir su testamento, debió recordarme. ¡Estoy seguro! Por tanto, ni siquiera tengo por qué pedirte algo... Procederemos a la lectura del testamento, y me haré cargo de mi parte.

Charles, de nuevo, sintió deseos de echarse a reír; la mordacidad aparecía en sus ojos, cuando dijo:

—Tendrás que esperar un poco, Patrick... ¿Sabes quién tiene el testamento de Dorothy?

—Quien tenga el testamento me...

—La policía —cortó Charles—, Con mi autorización, por supuesto. Yo mismo les hablé de ello. Y para dar muestras de mi buena disposición para colaborar, les he pedido que lo abran y lo lean, sin decirme una palabra; sugerí que el testamento podía ser una pista para esclarecer el crimen...

—¡Ninguno de nosotros somos una novia! Ni estábamos aquí, ni teníamos por qué matar a Dorothy... —se excitó Patrick.

—Ya veremos —dijo, Charles—. Yo sólo trato de ayudar a la policía.

—¿Con el testamento? Vamos, vamos, Charlie... Tú y yo, y todo el mundo, sabemos muy bien que Dorothy era una víbora...

—Por favor, modérate, Patrick. La llevo aquí... —mostró el cofre con las cenizas en su interior, con una sonrisa, tras su rasgo de macabro humor.

—A Dorothy ha podido matarla cualquiera... —murmuró Patrick—. La odiaba mucha gente... Y si no la odiaban, no le tenía nadie la menor simpatía. ¿O vas a negar que Dorothy era áspera, intratable, irritante?

—Ni niego ni afirmo.

—Está bien, hablaré con la policía —dijo Charles—. Mis asuntos no pueden demorarse... Pueden tardar un mes en descubrir a la novia... a la asesina. O no atraparla nunca.

—Tal vez. Por cierto... yo estaré prevenido...

Lo dijo, y sonrió, tratando de espiar las reacciones de los Frisbee y del señor Pheland.

—Charles, ya basta —dijo Patrick—, Sé muy bien que os he ocasionado molestias y disgustos, en ocasiones. No obstante, de eso a... a llegar hasta lo que estás sugiriendo, media un abismo. Piénsalo un poco: no es justo que nos estés acusando de lo ocurrido... Por poco sentido común que nos concedas, habrás de llegar a la conclusión de que si nosotros hubiéramos planeado esto, habríamos actuado de otro modo... No nos habríamos anunciado por carta, por supuesto... Ni estaríamos aquí en estos momentos, hubiésemos esperado tener noticias de lo ocurrido por ti, por tu aviso... ¿Lo comprendes? Somos inocentes...

Charles reflexionó unos instantes.

—No falta lógica a lo que has dicho, Patrick. Además, no os acuso de nada. En cuanto a vuestra necesidad de dinero, es perenne. Escucha esto: de mi bolsillo no tendréis un solo centavo. Ya estoy harto de ti, Patrick. ¿Quieres un consejo? Abandona a tu mujer.

—Charles, vas muy lejos...

—Te ha arruinado. ¿Cuánto tiempo lleváis casados?

—Casi cinco años. Charles —sonó la voz calmada de Laurie.

—¿Ya? Vaya...

—¡Basta de esto! —estalló Patrick—. ¿Cómo... cómo podéis hablar de esto así..., con esa... frialdad...? ¡Basta!

Una sonrisa de conmisericordia apareció en los labios de Charles.

—Allá tú, Patrick —dijo—. Repito: de mi bolsillo, ni un centavo. En cuanto al testamento de Dorothy, presiento una tremenda decepción para ti. Eso sí: eres muy dueño de ir a hablar con la policía, y exponer tu caso, tu necesidad de dinero, de hacerte cargo de una... utópica herencia...

—¡Nada de utópica! Dorothy ha debido dejarme una buena suma.

—Tal vez. Ve a la policía.

—Eso voy a hacer. Laurie, déjame aquí. Iré al Police Department. Iremos, vaya.

—Creo que yo no voy contigo, Patrick —dijo Laurie—. Sería de mal gusto ir todos, como hienas... Ve tú solo.

—Bien...

—Yo estaré en casa, a menos que Charles se niegue a damos hospitalidad.

—A pesar de todo, no puedo negaros eso —rezongó Charles.

Laurie había frenado ya, al borde de la carretera, junto a la parada del «bus» que conducía al centro de Palo Alto.

Patrick Frisbee se apeó del coche, sin despedirse, sin decir una sola palabra más.

* * *

Atardecía ya, cuando Patrick Frisbee llegó a la casa, en taxi. Echó a andar, sin ver a nadie. Tan sólo cuando cruzó los setos que protegían al «solarium» de la curiosidad de la gente que transitara por la calle, vio a Laurie. Ella estaba tendida en una tumbona de colores, fumando, mirando al cielo ya sin sol...

Patrick, como siempre, miraba con avidez a su esposa; aquel bello cuerpo, de piel blanca, suave, joven... Laurie llevaba un bikini azul cielo, y un gorro que simulaba una cabellera; acababa de bañarse, por lo visto.

Patrick pasó al «solarium». Laurie apenas le dirigió una indiferente mirada, sin despegar los labios.

—Laurie..., las cosas no van bien —murmuró Patrick, situándose frente a ella.

—¿Han ido bien alguna vez? —inquirió ella.

—Nunca quisiste...

—No. Ya lo sabes...

—Laurie... lo he intentado todo por ti...

—Ahórrate la escena, Patrick.

—¿Cómo puedes ser tan... fría, tan inmovible, Laurie? —susurró aquel hombre—. Se diría que vives llena de odio... He intentado con todas mis fuerzas hacerte feliz, y... me siento derrotado, fracasado, y cansado ya. No he obtenido de ti más que desprecio... Tú sólo has vivido durante estos años para tus absurdos caprichos... Me has arruinado ya dos veces, y yo, por amor, tolero, perdono, tu

incomprensión... Me arruinas, además, sin beneficio para ti...

Laurie miró con mucha fijeza, con frialdad, a Patrick.

—Ya os dije que os hundiría. A ti y a mi padre. Mis pensamientos te resultarían bastante desagradables, Patrick, así que es mejor no seguir hablando. Os dije también que no me iba de vuestro lado sólo por el deseo de ser vuestra ruina... Es mi venganza...

—No has olvidado, Laurie... —musitó.

—Nunca olvidaré. Nunca, Patrick. ¿Debemos seguir hablando de esto?

—Es lo más importante para mí...

—No lo creo. ¿Qué pasa con el dinero?

—No lo sé. Se han negado a proporcionarme la menor información. La policía se muestra hermética con respecto a lo ocurrido con Dorothy... Además, han aprovechado para hacerme preguntas. Vendrán por aquí para interrogaros a ti y a tu padre. Quieren saber qué hacíamos y dónde estábamos la noche del crimen... Por cierto: ¿dónele estabas, Laurie? Tú te uniste a nosotros en el aeropuerto de Palo Alto, pero el viaje no lo realizaste con tu padre y conmigo... ¿Dónde estabas aquella noche?

—En Santa Cruz. Hice noche allí y tomé el primer vuelo.

—¿Qué hiciste en Santa Cruz? ¿Con quién estabas, quién te vio? Laurie..., estas preguntas te las hará la policía...

—Muy bien; responderé en su momento, entonces.

—¿Yo..., no puedo saberlo?

—Por favor, Patrick, basta ya —cortó Laurie.

El la miró intensamente. Patrick tenía los ojos pequeños, de un gris sucio; su rostro, algo abotargado, mostró un breve rictus de ira.

—Creo que Charles está acertado en sus sospechas, Laurie... —dijo—. Yo, empiezo a creer lo mismo, y quizás la policía lo descubra, a menos que en Santa Cruz hayas sabido fabricarte una auténtica coartada, si es que pensaste en ello... Te atraparán por el asesinato de Dorothy. También quiero ayudarte en esto, a pesar de todo... Dime lo que hiciste y estudiaremos lo que conviene...

—Estás desvariando, Patrick...

—No, no. Y tú lo sabes. Tú te vengas de cualquier modo. La ruina, crímenes, lo que sea... Tú eres mi azote... Quizás pensaste que matando a Dorothy podían culparme a mí: ¿Es eso?

Laurie, con una ceja arqueada, se irguió; Patrick miró su cuerpo, no podía evitarlo. Ella, entonces, se puso un corto albornoz, y sin mirar a

Patrick dijo:

—Me arreglaré para la cena.

—¡Espera! Tú has asesinado a Dorothy... Son muchas cosas las que te acusan, Laurie; no desprecies el peligro...

Laurie echó a andar.

Patrick, una vez más, sintió cosquilleo en las manos... Manos que cualquier día destrozarían el cuello de aquella mujer de hielo.

Capítulo 3

AL cruzar el vestíbulo, Laurie no vio a nadie en la casa. Subió a su habitación, individual.

Llegó frente a la puerta de su cuarto, la abrió. Al entrar, estuvo a punto de soltar un grito, sorprendida por aquella inesperada presencia. En cuanto a Charles Frisbee, no estaba menos sorprendido que Laurie. Se había erguido, y miraba de un modo extraño a Laurie, la cual, recuperada del sobresalto, avanzaba hacia donde estaba Charles.

—¿Qué significa esto? —inquirió, con dureza.

Charles se humedeció los labios; brillaron sus ojos cuando dijo:

—Ya anuncié que no me dejaría sorprender...

—¿Y eso tiene algo que ver con este... registro de mi maleta? —inquirió Laurie—, Explícate, Charles.

—Busco un vestido de novia, con velo, y el ramillete de azahar, artificial. Y..., un cuchillo —dijo, tenso. Charles.

Laurie pestañeó. Luego, esbozó una sonrisa sin significado alguno. Acabó por encogerse de hombros, y dijo:

—Sigue buscando, entonces. Por favor, luego ordena las cosas. Voy a ducharme.

Y se desprendió del albornoz por el camino.

—¡Está bien! —estalló Charles—. Esto ha sido una estupidez por mi parte... Era de esperar que... todo eso no estuviera aquí... en tu maleta. Sin embargo, Laurie, eso no significa que no seas culpable. Tú eres capaz de matar...

—Hay cosas más sutiles, más ingeniosas, y que pueden hacer más daño que la muerte simple. Charles —dijo.

—Tu respuesta es reveladora... Tú quieres hacer daño, Laurie —respondió Charles—. Estás loca.

—Tal vez. A veces, lo pienso. Pero..., me siento el cerebro tan lúcido, que desecho la idea... Dime: ¿de veras no piensas darle dinero a Patrick?

—En absoluto. Si Patrick prescindiera de ti, entonces lo pensaría. Pero mientras tú seas su esposa, no debe contar conmigo.

—Parece que me tienes en mal concepto, Charles.

—Tengo razones... Y tú las conoces muy bien.

—Es cierto. Somos una rara familia, ¿verdad? Hasta luego. Charles.

Dejó a Charles con la palabra en la boca y se metió en el cuarto de baño. Charles, congestionado, apretados los puños, empezó a oír caer el chorro de agua de la ducha. Luego, miró la maleta, con parte de las prendas fuera, soltó un bufido, y salió del cuarto.

* * *

Se presentaba un día tórrido; quizás por esa razón Laurie llevaba aquella mínima expresión de falda, y la blusa prácticamente transparente; un pañuelo rojo recogía sus dorados cabellos, dejando al descubierto la esbelta nuca. Todos la habían mirado en silencio; fue la última en entrar en el comedor, para tomar el desayuno, servido por Carrie, no menos silenciosa, expectante, tensa, que los demás.

Laurie fue la única que, impávida, atacó el desayuno. Va terminando, miró a Charles, y dijo:

—¿Eres tan amable de prestarme tu auto, Charles? Tengo que ir al centro.

—¿Para qué?

—Sólo a realizar pequeñas compras. ¿Quieres venir?

La ironía de Laurie no pasó desapercibida.

—Toma el auto —gruñó Charles.

A continuación, se puso en pie, y abandonó el comedor; su actitud daba a entender con toda claridad que la compañía no era grata.

Apenas había transcurrido un minuto, cuando entró Carrie; se acercó a Patrick y dijo:

—Le llaman por teléfono, señor Frisbee.

—¿Quién es, Carrie?

—Perdone, no pregunté...

—No importa.

Patrick se puso en pie, mientras Carrie salía. Miró a Pheland, y meneó la cabeza, expresando duda, pesar.

—Puede ser algún futuro cliente, Pheland —dijo—. Quizás nos hemos precipitado al anunciar nuestro nuevo producto, ya que por ahora son nulas nuestras probabilidades de obtener algo...

—Procura entretener a quien sea, Patrick. Lo único que podemos hacer es ganar un poco de tiempo —murmuró Pheland,

Patrick pasó al vestíbulo, en un rincón del cual, sobre un mueble-librería, estaba el teléfono, descolgado. Lo tomó.

—¿Sí? Patrick Frisbee al aparato —dijo.

—Escuche esto, señor Frisbee: tal vez sea una gran ayuda para usted algo que puede ver esta noche, a las ocho en punto, en el bosque. Seré más preciso: salga de la casa, hacia la carretera; camine quinientos pasos, y verá un claro en la cuneta. Atraviese el claro del bosque, y verá una hondonada. Abra bien los ojos.

—Oiga, espere un...

—No pierda el tiempo con preguntas. Y sea muy discreto. Es en verdad importante.

Y se cortó la comunicación.

Patrick permaneció unos instantes con el teléfono en la mano; una inquieta expresión aparecía en su abotargado rostro, muy bien rasurado. Colgó, despacio, con aquella voz aún resonando en el interior de su cráneo. Una voz rara, indescriptible... Salió a la terraza principal de la casa, reflexionando sobre ello.

En el comedor, Pheland, por fin, había encontrado el valor suficiente para trabar la conversación que le interesaba, con Laurie.

—He estado hablando con Patrick unos minutos esta mañana, Laurie —dijo Pheland.

—¿Y qué?

—Me... me ha hablado de sus sospechas. La policía, dice, se presentará aquí en cualquier momento, para interrogar... Según dijiste a Patrick has estado en Santa Cruz. Nos reunimos en el aeropuerto...

—Sí, ¿y qué?

—¿Qué hiciste allí?

Laurie entornó los ojos; vacilaba, al parecer. Luego, miró a su padre con fijeza, y dijo:

—Nunca te creí totalmente, papá...

—¿A qué te refieres?

—Tú y yo lo estamos pensando. Tú sabes que hay algo que se interpone entre nosotros dos. Hace tiempo, mucho tiempo, que gasto más dinero del que imaginas, realizando investigaciones... Vas a preguntar qué clase de investigaciones, y qué pretendo, ¿verdad?

—En efecto, me gustaría saberlo.

—Pues bien, ya te he dicho que nunca te creí. Tú me dijiste que Dan se fue, a cambio de dinero... Dinero que te dio Patrick, para que tú comprases a Dan... Y éste aceptó: cincuenta mil dólares por esfumarse, y dejar el campo libre. Entonces, me vendiste a mí, a Patrick... ¿Te das cuenta? Eres un mercader humano, papá... Comprar a Dan, venderme a mí...

—Él se dejó comprar, Laurie... En cuanto a ti no fue una venta. No digas eso. Fue lo mejor para ti y para mí...

—No te esfuerces con eso. Lo que sucedió en realidad, en mi opinión, es algo muy distinto. Tú no compraste a Dan.

—El exigió esa suma y yo...

—No, no, no, papá... No sigas por ahí. Jamás lo creeré. ¿No lo entiendes? ¿No eres capaz de comprenderlo? Dan nunca hubiese cometido semejante bajeza... Nunca. Jamás te he creído. ¿Sabes qué clase de investigaciones realizo, arruinándoos? Averiguar DONDE ESTA ENTERRADO. Eso es lo que quiero saber. Quiero comprobar mi teoría. Quiero demostrar sin lugar a dudas que está muerto. Quiero demostrar que TU LE MATASTE. Eso es lo que me propongo. Y no pienso parar, papá... por nada.

—Laurie... estás equivocada...

—Creo ir por buen camino ahora, papá. Lo que yo averigüe será definitivo contra ti y contra Patrick. Ahora, ya no tenéis dinero para comprar a nadie; ni a mí. Tu ambición, papá, te va a costar cara, muy cara... Quizás te equivocaste con Patrick, ¿verdad? No era tan rico como suponías, y como él afirmaba... ¡Qué decepción! vender a tu hija a un infeliz, o poco menos... Incluso llegaste al crimen por conseguir esa venta...

—¡Yo no he matado a nadie! Estás loca, Laurie... ¿Qué ocurre contigo? A veces, me das miedo... Con esa frialdad tuya; no pareces humana, no vives como la gente... como las...

—No. No vivo como los demás. Sólo tengo un objetivo: hundiros. Yo fui objeto de una transacción comercial; un objeto de compra-venta. Ya sabes, mucha gente cree en los fetiches... Y yo puedo ser ese fetiche que a ti y a Patrick os aplaste, el fetiche de la desgracia...

Y echó a andar hacia la puerta, dejando a Carter Pheland petrificado.

Para calmarse un poco, encendió un cigarrillo, le temblaban ligeramente las manos.

Permaneció bastante rato a solas en el comedor. Tan sólo Carrie entró una vez, para retirar los servicios. Por fin, Pheland decidió subir a su cuarto; no sentía el menor deseo de ver a nadie, ni hablar con nadie. Ni siquiera con Patrick, con respecto al posible cliente.

* * *

Eran algo más de las doce, cuando Pheland, tras la llamada en la puerta de su habitación, dio permiso. Entró Carrie, con una carta en la mano.

—Correo para usted, señor Pheland —dijo.

—¿Para mí?

Carrie le dio la carta, y se marchó.

Pheland, antes de rasgar el sobre, echó un vistazo. Estaba a su nombre, en efecto, en aquellas señas. No obstante, no había remitente. Y por el sello se veía, que la carta había sido recogida en un buzón de Palo Alto. Además, aquellas letras mayúsculas, impersonales, casi de imprenta...

Rasgó el sobre, y extrajo la carta; más bien una simple nota, escrita con el mismo tipo de letra que el sobre. Una nota breve, además.

Pheland la leyó, con el ceño fruncido. La releyó, pese a haber entendido muy bien lo que decía la nota. Y con ella en la mano, hizo lo que pedía la nota, al final: quemarla. Sí, era mejor quemarla.

Fue al cuarto de baño anexo, prendió fuego a la nota, y luego abrió el grifo para que el agua se llevase los restos carbonizados.

Capítulo 4

A las siete y media, ya había terminado la sombría cena en el gran comedor. Charles, en definitiva, encontraba a faltar los graznidos de su hermana Dorothy; se sentía triste, deprimido; además, pese a intentar disimularlo, tenía miedo.

La voz de Laurie, que truncó el silencio, le hizo respingar. Laurie se había dirigido a Patrick:

—No he visto a la policía. ¿No decíais que habría interrogatorios?

—Ellos sabrán lo que hacen —murmuró Patrick.

Apretó los labios; se puso en pie. Resultaba un poco grotesco con su rostro abotargado, y un cuerpo que, sin ser rechoncho, tenía redondeces atribuibles a falta de fortaleza física.

—No quiero oír más sandeces —dijo, seco.

Y se fue. Aquella había sido, en fin de cuentas, una buena excusa para abandonar el comedor. Salió a la terraza, y miró en torno. Luego, a la luz de media luna, miró la hora en su reloj de pulsera. Aún faltaba rato para las ocho en punto. Tenía tiempo. Además, no estaba muy seguro de que debía acudir a aquella cita...

Observó si podía ser visto por alguien, y ante la soledad del jardín, de la avenida, se decidió a abandonar la casa. Un poco nervioso, realizaba un torpe juego de escondite, probablemente innecesario. Se sintió mejor, de todos modos, cuando alcanzó la carretera de Rancho Pulgas.

Tenía que caminar, según la llamada telefónica recibida aquella mañana, quinientos pasos. Llegaría a la vista del claro en el bosque, entonces, y debía atravesarlo. Y en la hondonada...

Allí se detuvieron los pensamientos de Patrick Frisbee. Le inquietaba

lo que pudiera ver, u oír, en aquella hondonada. Sin embargo, quizás no fuese relacionado con Laurie, ya que Laurie seguía en la casa. Quizás sobre el crimen cometido con Dorothy...

De todos modos, a Patrick Frisbee le dominaba la impaciencia. Todo aquello le parecía estúpido, absurdo, sin sentido... Aparte de Laurie, lo único que él necesitaba era dinero. Por esa razón estaba allí, en aquella casa, con Charles, el idiotizado solterón de todos los demonios. Y si Dorothy había muerto, mejor; más facilidades para obtener dinero ya que, a juzgar por su actitud. Charles no parecía dispuesto a ayudarle en lo más mínimo.

Y mientras atravesaba el claro del bosque, lleno de crujientes hojas de pino secas, Patrick se dijo que debía visitar de nuevo a la policía, y obligarles a activar el asunto del testamento. Por más autorización que tuviese de Charles, él también contaba en aquella situación. ¡Naturalmente que contaba!

Por fin, quedó en el borde de la hondonada. Con prudencia, echó un vistazo en torno, sin ver nada, a nadie.

Se sintió de pronto, demasiado solo, indefenso.

No obstante, decidió ir descendiendo; muy inquieto, con el redondeado cuerpo húmedo, a causa de un sudor cuyas causas eran indefinidas; el calor de la noche, la inquietud, aquella sensación extraña...

A su espalda, de pronto, rodó un pequeño guijarro.

Produjo un alud en miniatura, y Frisbee giró, asustado, y al mismo tiempo, furioso contra sí mismo: no debía ser tan asustadizo...

Sin embargo, al segundo siguiente, quedaba paralizado.

Estaba allí.

A dos pasos de él.

Aquella novia... aquella figura fantasmal, con el vestido nupcial; el velo en el rostro, el ramito de azahar en la mano izquierda... y el terrorífico cuchillo en la diestra. Allí estaba; había llegado sin producir apenas ruido; tan sólo el guijarro que rodó. Y Patrick Frisbee, con los ojos desmesuradamente abiertos, con un aleteo de profundo terror en las pupilas, veía el brillo del cuchillo.

—¡No...!

Sonó un chasquido espeluznante, cuando el cuchillo atravesó el estómago de Frisbee. Este, inclinado, tan blanco su rostro como aquel vestido de novia, jadeaba algo; con las dos manos se sujetaba la parte perforada por el cuchillo; le caían hilos de sangre por la boca...

—Laurie... Laurie, no... n-no... n-no...

Volvió a actuar el cuchillo.

Varias veces más. Era inútil insistir, puesto que Frisbee estaba ya muerto, ya había rodado por el suelo, hasta quedar encajonado entre un par de pedruscos. Desprendió dos florecillas del ramito artificial, y las dejó caer sobre el ensangrentado cadáver.

* * *

Era curioso; también el señor Pheland, mientras se acercaba al bosque, iba pensando que aquello era una estupidez, que nada sensato le aconsejaba acudir a aquella misteriosa cita. No obstante, si de allí se ponían en claro algunas cosas, y todo ello redundaba en la rapidez para obtener dinero, valía la pena realizar aquellas tonterías.

Sí, ya estaba en aquel claro de referencia... Había que atravesarlo, y llegar a la hondonada.

Pheland descendió, resoplando un poco.

Instantes más tarde, su mirada atónita descubrió aquello que brillaba, que emitía destellos... Allí estaba Patrick, con el pecho, todo el tronco, lleno de sangre... Destrozado a cuchilladas, con el abotargado rostro de color ceniza, y los ojos tan abiertos... Había brillo de luna en las cristalizadas pupilas... Extraños destellos que podían confundirse con los de un ser vivo.

Totalmente aturdido, habiendo perdido la noción de la realidad, el señor Pheland se acercó unos pasos más hasta quedar a dos yardas del cadáver.

El rostro de Pheland era un compendio del miedo más abyecto. Ni siquiera su cerebro era capaz de transmitir la orden de huida, de salir de allí de inmediato... cuando era lo único que latía en el interior del cráneo de Pheland: huir, huir, huir...

—¿Quién va?

Alzó la cabeza al oír aquella voz, un tanto ronca.

—¿Quién va? ¿Qué ocurre ahí? —insistió aquel hombre.

Pheland, de súbito, perdió la serenidad.

Echó a correr.

Por supuesto, en dirección contraria al lugar donde estaba aquel hombre armado.

—¡Deténgase! ¡Alto, o disparo!

Pheland, con las fuerzas de la desesperación, pese a sentir plomo en

las piernas, a causa del terror, no hizo caso; siguió corriendo, ascendiendo, jadeando, con una tremenda opresión en el pecho, con un ahogo total...

Siguió corriendo, si llegaba a los pinos, podía huir...

Una fuerte detonación le hizo respingar. Ni siquiera entendió que habían disparado al aire, y se echó al suelo, para gemir, sudoroso, arrastrándose, quizás en espera de recibir en la espalda el segundo impacto. No obstante, si bien percibió otra detonación, no sintió dolor alguno y se irguió, para correr hacia los pinos, para perderse en el bosque...

Corrían detrás de él, pero a cierta distancia... Tenía que salir de allí...

Le gritaban «alto»...

Corría, corría, corría... Tronchaba la pinocha, resbalaba, pero por nada se detendría... Por nada.

Mientras, el hombre de la escopeta, le había perdido de vista. Aquel hombre aún estuvo mirando un poco, pero luego, con un criterio muy lógico, decidió regresar a la hondonada. Allí había un hombre ensangrentado, y sí no había muerto podría, quizás, ayudarlo.

Llegó al lugar donde estaba el cadáver de Patrick Frisbee, y se inclinó; no se necesitaba un examen minucioso ya que la condición de cadáver de Patrick saltaba a la vista. Entonces; el hombre se irguió. Sin muchas prisas, echó a andar, alejándose de allí, cuestión de quinientas yardas, bosque adentro, y hacia la izquierda. Ya se veía la luz de la casamata, y el hombre, poco después, penetraba en aquella rústica casa; cuatro paredes, un catre, una mesa adosada a la pared... Y un teléfono, también de pared. El hombre hizo una llamada telefónica.

—Policía al habla —fue la respuesta.

—Soy Tillman, el guarda jurado de la zona sudeste. ¿Está el comisario Meredith?

—Pues no, Tillman. ¿Ocurre algo?

—Sí, en efecto... Hay un cadáver en el bosque, no lejos de la casamata. Estaba realizando una ronda, cuando lo descubrí... Y creo que he visto al asesino, pero se escabulló a mis voces de alto. Disparé al aire, pero siguió huyendo...

—Vaya... Salga a la carretera, Tillman; un coche-patrulla sale hacia ahí de inmediato.

—Bien.

Tillman cogió el teléfono; se rascó la grisácea barba, y salió de la

casamata. Echó a andar, cruzando el bosque en diagonal, para salir a la carretera, donde esperó la llegada del coche de la policía.

Fueron casi cinco minutos; aparecieron los faros tras la curva, e instantes más tarde el auto de la policía se detenía junto a Tillman, que había salido de la cuneta, haciendo señas.

Los dos patrulleros se apearon del auto.

—¿Qué es, Tillman? —inquirió el cabo Spruce.

—Un muerto. Creo que podremos descubrir al asesino.

—¿Le han registrado, sabe quién es?

—Bueno, no hice nada de eso, Spruce... No quise tocarlo.

—De acuerdo. Guénos.

Tillman delante, y los dos policías detrás, llegaban poco después a la hondonada. El agente Hazell llevaba una linterna, cuya luz se derramó por el cuerpo y el rostro del cadáver, que bajo aquella viva luz aún resultaba más impresionante. Spruce soltó un silbido breve, y murmuró:

—Lo han cosido a cuchilladas... ¿Qué es eso, Hazell?

La linterna alumbró de lleno aquellas dos florecillas artificiales, que habían resbalado hasta el suelo, manchadas de sangre. No las tocaron; era suficiente con verlas. Spruce, mientras se acariciaba el mentón, dijo:

—¿Te recuerda eso algo, Hazell?

—Sí... Esas florecillas aparecieron también junto al cadáver de miss Frisbee... Y su hermano y Carrie aseguraron haber visto a una novia... Todo esto es muy raro...

Spruce asentía con movimientos de cabeza. Procurando no mancharse de sangre, introdujo la mano por las interioridades de la chaqueta del muerto, y extrajo la cartera; la luz de la linterna le alumbraba. Tampoco fue necesario un examen a fondo. Spruce musitó:

—Patrick Frisbee...

Luego, dejó la cartera en el mismo bolsillo del cual la había extraído. Miró a Hazell, y dijo:

—Ve al coche, Hazell, y llama por radio. Comunica con el jefe. Y le explicas lo que hay, ¿de acuerdo?

—Sí.

Hazell se alejaba para cumplir aquellas órdenes. El cabo Spruce meneaba la cabeza, pensativo.

—Dice que vio al asesino, Tillman... —dijo—. ¿Reconoció a ese hombre?

—No le había visto antes, si eso es lo que pregunta, Spruce, pero si

volviera a verle le reconocería.

Spruce encendió un cigarrillo, y luego, mientras esperaba a Hazell, echó un vistazo por aquella parte de la hondonada: mera rutina, ya que era difícil encontrar huellas allí. Poco después llegó Hazell, y dijo:

—En marcha. El jefe nos espera en casa de los Frisbee: está allí ahora. Tillman, acompáñenos. El jefe quiere oírle personalmente.

* * *

Lo que sufría el señor Pheland eran auténticas oleadas de sudor; un calor salvaje acudía a su rostro, y brotaba el sudor por todos sus poros abiertos, para congelarse casi sin transición. Aquello era una auténtica pesadilla; además, en su opinión, se salvaba por minutos... Habría sido un desastre que Meredith hubiese llegado a la casa antes que él...

Pheland había llegado sólo dos minutos antes; sin ser visto, subió a su cuarto, y aún no habían transcurrido los dos minutos, cuando oía llegar un coche. Luego, percibía movimiento en la casa, y Carrie le avisaba de que el comisario Meredith estaba abajo...

Apenas habían tenido tiempo de cambiar unos formularios saludos, cuando el comisario notó la ausencia de Patrick Frisbee. A continuación, el patrullero que acompañaba al comisario entraba, y cambiaba unas palabras con éste. Meredith, por su parte, dio unas instrucciones, y luego, con cara de circunstancias, mirando a Charles, a Laurie, y al propio Pheland, lo había soltado:

—Lo lamento, malas noticias... Se trata del señor Frisbee...

—¿Qué le ha ocurrido a Patrick? —inquirió, rápido, seco, Charles.

—Bueno., esperemos un poco para tener una explicación clara...

—¿Pero dónde está?

—Lo siento, Charles... De veras.

—¿Muerto? —musitó Charles.

—Sí...

Charles miró de reojo a Laurie, la cual apenas sufrió una leve alteración en su rostro que parecía de mármol.

—¿Qué pretendes con todo esto, Laurie? —masculló Charles.

Ella le miró a los ojos, con fijeza; casi con altanería, además. No se molestó en responder.

Charles, jadeando, iba a decir algo más, pero intervino Meredith.

—Te ruego que no pierdas la serenidad, Charles.

—¡Sé lo que digo!

—No estés tan seguro... Es cuestión de esperar unos minutos tan sólo. Creo que ahí llegan.

Era, en efecto, el auto-patrulla, del que vio descender a Spruce, a Hazell y al guarda jurado. Tillman se mantenía en un plano discreto, pero también fue invitado a entrar.

Meredith se acercó a los recién llegados; pensó un poco, y se dirigió directamente a Tillman:

—Explique lo que vio, Tillman, por favor.

Tillman miró a todos los presentes. Su mirada no tenía expresión en aquellos momentos: con su voz algo ronca, rezongó:

—Vi a un hombre que me pareció sospechoso; le di el alto, y no me hizo caso... Disparé al aire; el hombre huyó. Estaba junto a un cadáver... Llamé a la Estación. Eso es todo.

—¿Spruce? —inquirió Meredith.

—Sólo hay algo de especial interés: cosido a cuchilladas, y con unas florecillas de ramo de novia sobre el cadáver.

—Bien. Salid ahora.

Spruce y Hazell, sin más, obedecían. Meredith, silencioso, escrutó el semblante de aquellas tres personas.

Parecía que Charles Frisbee iba a estallar de un momento a otro. Su rostro aparecía congestionado, llameantes de ira los ojos.

Capítulo 5

Y estalló, por fin:

—¿Qué esperas para detener a esa mujer, Meredith?

—masculló, señalando a Laurie con un tembloroso dedo.

Meredith miró a Laurie, la cual permanecía impávida; estaba claro que la muerte de su esposo no le había producido la menor emoción. Meredith miró también a Charles, y meneó la cabeza.

—Cálmate, Charles —pidió, con voz tranquila—. Presiento que vais a empezar con mutuas acusaciones, y te aseguro que ésa es la clase de colaboración que la policía más detesta. Ruego a todos que se muestren objetivos. En especial, eso va por ti, Charles, ¿de acuerdo? Imagino lo que sientes: has perdido a tus hermanos en un corto espacio de tiempo. Una... novia, con su vestido nupcial, que ya debe estar muy manchado de sangre, va cometiendo esos crímenes, al parecer.

—Ella —Insistió Charles, mirando a Laurie.

Meredith miró a Laurie de nuevo: despacio, dio unos pasos hacia la reciente viuda.

—¿Se ha movido de casa esta noche, señora Frisbee?

—inquirió.

—No.

—¿Puede probarlo?

—Estaba sola en mi habitación.

—¿Qué se le ocurre pensar, ante la muerte violenta de su esposo? —inquirió el policía.

—Nada especial.

—Bien... Quizás tenga alguna idea...

Laurie se encogió de hombros, dijo:

—Dinero. ¿Qué otra cosa? Desde hace mucho tiempo, yo sólo oigo hablar de dinero, negocios... y sucesivas ruinas y nuevos proyectos; vuelta a empezar con dinero.

—¿Y eso tiene algo que ver con la novia asesina?

—Lo ignoro, señor Meredith.

Meredith se acarició el mentón. No parecía decepcionado; por lo visto, no esperaba mucho más de Laurie. No obstante, aún dijo:

—Usted no realizó el viaje desde San Francisco, con su padre y su esposo, señora Frisbee. Se encontraron por la mañana en el aeropuerto. Aquella noche, había sido asesinada miss Frisbee.

—Sí, ya me enteré — dijo, un poco sarcástica, Laurie—. Estuve en un hotel; allí me sacaron el pasaje de vuelo hasta Palo Alto —dijo Laurie.

—¿Qué hotel?

—«Los Gatos».

—Ya... Gracias, señora Frisbee.

—¿Y eso es todo? —masculló Charles, furioso.

—Se realizarán las comprobaciones a que haya lugar, Charles —dijo Meredith—, Ahora, me interesa otra cosa: ¿alguien de ustedes vio salir a Patrick Frisbee?

Nadie respondió.

—¿No le vieron? —inquirió de nuevo, Meredith— ¿Usted tampoco, señora Frisbee?

—No. Patrick y yo ocupamos distintas habitaciones. No me preocupaba estar al corriente de lo que hacía.

—Entiendo. ¿Tú tampoco, Charles?

—No. Yo abandoné el comedor, y me fui a mi cuarto, atrancando la puerta. Es obvio; no me fío de nadie. Oh: y sin olvidar cerrar bien la ventana. Nuestra... novia asesina es buena trepadora... —y sus enrojecidos ojos se posaron de nuevo en Laurie.

—¿Usted, señor Pheland? —inquirió el policía, mirando a Pheland.

—No. No vi a nadie...

—Resumiendo —dijo Meredith—: Cada uno de ustedes estaba en su habitación. Ni sabe nada, ni ha visto nada... A nadie le preocupa, al parecer, lo que puedan hacer los demás. No obstante, se han cometido ya dos asesinatos. Sugiero, señores, que en lo sucesivo estén con los ojos bien abiertos. Podría ser que esa novia intentara cometer más crímenes.

—¿Por qué no detienes a Laurie? —machacó Charles—. Imagino que no sospechas de mí... Porque soy el dueño del dinero, porque yo no soy muy apto para parecer una novia...

—No me gusta hacer el ridículo, Charles —dijo Meredith, con una leve sonrisa—. Si yo detengo ahora a la señora Frisbee, ésta, dentro de cinco minutos, está en libertad, a poco que cuente con un abogado que no esté dormido. A continuación, la señora Frisbee me demandaría por detención ilegal... ¿Lo comprendes? En el momento en que practique una detención, Charles, ten la seguridad de que nuestra escalofriante novia no saldrá fácilmente de la cárcel.

—¿Qué vas a hacer, entonces?

—Seguir investigando. Por lo pronto, iré al Depósito. La autopsia debe estar ya lista, y... si os interesa el cuerpo de Patrick, tramitaré lo necesario para que cuidéis de sus funerales. Hasta mañana. Si alguno de ustedes recuerda algo importante, tiene la obligación de decírmelo. No lo olviden.

Charles fue el único que se puso en pie, despidiendo a Meredith.

Este, dejando un vacío en torno al caso, y dentro del desdichado Charles, se sintió mejor al salir al jardín, donde estaban los coches policiales.

Tillman se acercó a él.

—¿Es todo, comisario? —inquirió—. Pensé que me pediría identificar al hombre que vi en el bosque...

—¿Lo ha visto aquí, Tillman?

—Desde luego. Le he reconocido de inmediato.

—Magnífico... ¿Quién es?

—Ese hombre de las cejas grises...

—Pheland...

—No sé su nombre. Pero es él; su corpulencia, la cabellera gris. Estoy seguro, comisario.

—Bien, Tillman. Gracias. Ha sido un buen servicio.

—Pero... ¿no le detiene?

Meredith meneó la cabeza; sonreía de un modo melifluo, cuando dijo:

—Se lo explicaré, Tillman. No le detengo porque existen ciertos detalles contradictorios. Por ejemplo, creemos que a Frisbee le mató esa fantasmal novia; las cuchilladas y las florecillas así parecen demostrarlo. Y el señor Pheland no me parece una novia. Debía estar allí por algo distinto... Algo que ya averiguaré. Quizás, ahora, el señor Pheland, con

su silencio, está protegiendo a alguien...

—¿A su hija? —apuntó el cabo Spruce.

—Es posible...

—Entonces, ¿por qué...?

—¿Por qué no les detengo? —rió entre dientes, Meredith—. Observo una extraña obsesión por las detenciones, que aún serían improcedentes, Spruce. Por ejemplo: ambos estaban en la casa, y no habrá forma de demostrar lo contrario, cuando se produjo el crimen en el bosque. De todos modos, creo que pronto podré detener a esa terrorífica novia; todo lo más, dentro de un par de días.

Poco después, los policías abandonaban aquella casa.

Mientras, Laurie, Charles y Pheland, seguían en el salón, silenciosos, sin mirarse entre sí... Cada uno absorto en sus pensamientos. La llegada de Carrie, muy pálida, nerviosa, hizo respingar a Charles y a Pheland. Laurie, por lo visto, controlaba mejor sus nervios.

—Señor Frisbee... si desean o necesitan algo...

—Yo no, Carrie. Gracias.

Ella se estrujó las manos: miraba al suelo en aquellos momentos.

—Señor Frisbee, yo... —empezó—, quiero marcharme.

—Ya hablaremos de eso mañana, Carrie.

—Sí, señor Frisbee.

Carrie se fue, lamentando no haber sido más enérgica. Allí estaban ocurriendo demasiadas cosas, y era verdad: estaba aterrada. Penetró en la estancia.

En el salón, Charles se puso en pie. Miró a Laurie y a Pheland, con sus ojos enrojecidos, acusadores.

—Estoy armado —dijo, de pronto, mirando en especial a Laurie—, Inténtalo si quieres... Tendrás que vencer algunos obstáculos aún, si lo que pretendes es quedarte heredera única... Vamos, inténtalo, Laurie. Me gustaría acribillarte... ¡Víbora! Con gusto te... invitaría a abandonar esta casa; aquí ya no hay lazo alguno entre nosotros. No obstante, prefiero que te quedes. Sé que lo intentarás de un modo u otro...

Laurie no se molestó en despegar los labios.

Pheland se había puesto en pie, con el rostro de color gris. Hubo un instante en que pareció dispuesto a lanzarse al cuello de Charles, pero éste, tras sus últimas palabras, giró, para desaparecer del salón.

Pheland miró a Laurie, antes de decir:

—Te has vuelto loca, Laurie... ¿No lo entiendes? Todo te acusa.

¡Todo!

Entonces Laurie esbozó una sonrisa.

—¿Dónde has estado esta noche, papá? —inquirió.

Se acentuó la palidez de Pheland; quedó cortado, mirando con fijeza a Laurie.

—No he salido de aquí —musitó.

—Te vi... No me discutas ahora algo que he visto con mis propios ojos, papá —dijo ella, con cierto fastidio.

—Sólo... sólo fui a dar una vuelta...

—¿Al bosque?

Pheland apretó los labios; luego, pareció cambiar de actitud. Durante un par de minutos, estuvo reflexionando. Por fin, como si le pesaran las palabras, dio unos pasos, y se sentó en el sofá, junto a Laurie. Apenas la miraba, cuando murmuró:

—Laurie, no sé qué está ocurriendo... Estuve en el bosque, es verdad. Y vi a Patrick... Ya estaba muerto cuando yo llegué...

—¿No le seguiste para matarle?

—No... No, Laurie/.. ¿Por qué razón? Patrick, el dinero de sus hermanos, es mi única esperanza...

—Muerto Patrick, su parte la heredo yo: quizás pretendías eso.

—No, no, no... No lo había pensado, Laurie; es la única verdad. Cuando llegué al bosque, al lugar de la cita, Patrick estaba... acuchillado de una forma terrible.

—¿Al lugar de la cita? ¿Qué cita?

—Fue una carta... Una nota que recibí esta mañana... Me indicaba el lugar donde estaría alguien que podría darme la solución de mis problemas...

—¿Dónde está esa carta?

—La quemé... —suspiró Pheland— Fue una estupidez, pero la quemé, en la nota se me indicaba que lo hiciera... Por esa razón, por quemar la nota, Laurie, no le he dicho la verdad al comisario Meredith. Pero..., he preferido callar. No puedo apoyar con pruebas el hecho de haber recibido esa carta... Carrie me la entregó, pero ella, es obvio, no conoce el contenido...

—¿Carrie, dices?

—Sí, sí, pero no desvariemos... La carta ha llegado por correo normal. Carrie se ha limitado a entregármela. No empecemos a sospechar de todo el mundo; nos volveríamos locos... Quiero

reflexionar, porque es evidente que se me ha tendido una trampa. Quien me envió la nota, había citado previamente a Patrick, para matarle... He estado pensando en la llamada telefónica que recibió esta mañana; no la mencionó. No era, pues, de ningún futuro cliente...

—Sí, recuerdo la llamada; es cierto que no la comenté.

—Y yo recibo la carta, y se me manda detrás de Patrick...

Le asesinan, y yo debía cargar con el crimen... Lo peor de todo, Laurie, es que esa mujer vestida con traje nupcial ha sido vista por Carrie y Charles... No es posible dudar de su existencia...

—Carrie y Charles..., no quiero sospechar de todo el mundo, papá, pero...

Pheland pestañeó.

—Vamos, vamos, Laurie... ¿Qué necesidad tienen ellos de... confabularse, y matar así...? No lo entiendo. Tengo que pensar, sí... Es posible que mañana vaya a ver a Meredith, y le diga la verdad...

—Has debido hacerlo, papá... El guarda jurado te vio.

—Parece que no me ha reconocido.

—¿Cómo lo sabes? Meredith no le pidió delante nuestro que intentase reconocer al hombre que estuvo en el bosque. Ha podido preguntárselo luego... Ha tenido que ser así. Y si el guarda jurado te ha reconocido, estás en una trampa...

—Sí, sí... Mañana iré a explicarle a Meredith lo ocurrido...

—¿Tienes idea de quién pudo enviar la carta?

—No... No, Laurie; en absoluto.

Laurie soltó un suspiro.

—Estás en apuros, ciertamente... —dijo—. Me siento... algo así como una espectadora privilegiada de todas vuestras manipulaciones, de vuestra ambición, y... de vuestros crímenes... Sólo que, para ser sincera, debo agregar que empiezo a sentir auténtico asco.

Se puso en pie.

Pheland la miraba, sin comprender aquella actitud de Laurie.

—¿Tanto me odias? —susurró.

—Para que lo comprendas, papá, voy a pedirte algo: mírame bien. Y luego, echa un vistazo a mí alrededor. Y dime: ¿qué es lo que me rodea? ¿Dónde está mi felicidad? ¿En qué me has convertido? Me estás aplastando entre crímenes y ambición... Yo jamás había sido ambiciosa; ni lo soy. Con eso, se nace. Yo era... dulce; amaba. Amaba mucho, papá... Y tú con tu mezquindad, con crueldad, con tus miserables

mentiras, me apartaste de lo único que me interesaba en el mundo... Y te equivocaste.

Pheland inclinó la cabeza.

—Salió mal, Laurie, sí... Pero..., eres aún tan joven...

—¿Y de qué me sirve? Me has dejado viuda también...

—¡Yo no he sido! ¡Tienes que creerme! Laurie... —se detuvo, pestañeó, sus ojos se fueron achicando—, Laurie, espera... Tú me has enviado la carta... Tú citaste a Patrick, a mí, y querías...

—Yo no pude realizar la llamada, papá.

—¡Tienes un cómplice, entonces!

—No desvaríes...

—¡Sólo puede ser así! Alguien que mata, y...

—Ya basta. Buenas noches, papá. Y... es sólo un decir. Imagino que el sueño huirá de quien tenga la conciencia atrapada por la culpabilidad. Todo esto es... horrible, monstruoso... Pero es lógico que ocurra cuando jamás se ha actuado con un mínimo de bondad y humanidad... Aquí no hay más que gente egoísta, suspicacias, miedos, ambiciones...

—Está bien, Laurie, todo eso es cierto... Fui un canalla contigo...

—Y con Dan. ¿Dónde y cómo le mataste? Voy adelantando, papá. Lo sabré de todos modos...

—No lo hice... Yo...

—Como quieras. No pienso retroceder. Por si quieres saberlo, en Santa Cruz tengo un amigo. Alguien que..., me ayudará...

No dijo más.

Capítulo 6

POR lo pronto, aquella mañana Charles no había bajado a desayunar al salón, Laurie lo hizo en la cocina, sin preocuparse de los demás, y volvió a su cuarto, donde estuvo reflexionando. Nada le impedía tomar el sol, y bañarse en la piscina. Cuando los demás dijeran algo al respecto, se ocuparía de los funerales de Patrick... Y Laurie sintió autocompasión... No. No era aquella su manera de ser... Jamás pensó que podía tener un esposo cuya muerte le resultara tan brutalmente indiferente...

Un poco inquieta a su pesar, pensando en todos aquellos extraños sucesos, Laurie desistió de tomar el sol y nadar un poco. Bajó al vestíbulo, sin ver a nadie.

Fue al teléfono y pidió cierta llamada; larga distancia. A Santa Cruz.

—¿Eddy? —inquirió, con cierta ansiedad.

—Sí, Laurie, ¿cómo estás?

—Mal... Mal, Eddy... ¿Qué has conseguido averiguar, que sabes?

—No es fácil, Laurie... De todos modos, creo que ahora me hallo en buen camino...

—¿Puedes venir, Eddy?

—Pues..., no sé...

—Por favor... Necesito tener a mi lado a alguien amigo... Eddy, anoche asesinaron a mi esposo... están ocurriendo cosas horribles.

—Lo siento... Lo intentaré. Estoy esperando importantes noticias. Ya te he dicho que esta vez creo haber acertado. No sé cuándo podré verte, pero quizás mañana...

—Te lo suplico, Eddy. Me siento... tan sola...

—Serénate, Laurie. Iré cuanto antes, te lo prometo.

Laurie, entonces, colgó el teléfono; cerró los ojos; apoyaba las manos en el mueble-librería donde se encontraba el teléfono...

Oyó aquella voz:

—¿Tu cómplice?

Cuando se volvió, entre unas lágrimas, brillaba en sus ojos la ira.

—No tengo cómplices, Charles. Considera esto que voy a decirte: yo soy una víctima más... Yo, desde hace casi cinco años, soy una víctima de negocios, maquinaciones, maldad... Déjame en paz. Mañana, tal vez pasado, me iré de aquí para siempre. Y no temas; jamás reclamaré un centavo de la parte que pudiera corresponderme. Aquí te quedarás con tu dinero y tu mezquindad...

—Casi me convences —dijo sarcástico, Charles.

Laurie iba a decir algo, pero en aquel momento se producía la llegada de un auto. Un auto particular, que se detenía frente a la terraza. Desde la ventana, Laurie y Charles vieron descender a aquellos dos hombres. Uno de ellos era Meredith; el otro, desconocido para Laurie, fue también identificado de inmediato por Charles quien, sin comentarios, se limitó a fruncir el ceño.

Laurie fue a abrir la puerta. Le molestó un poco la leve sonrisa de Meredith, y respondió a su saludo con un murmullo.

En cuanto a Charles, apenas hizo caso a Meredith; saludó al otro hombre; un tipo atildado, con perilla, gruesas gafas, que llevaba un portafolios bajo el brazo derecho.

—Señor Bishop... —murmuró.

—Quiero hablar con usted, señor Frisbee —dijo aquel hombre—. El comisario también tiene interés en estar presente.

—¿No está el señor Pheland? —inquirió Meredith.

—Creo que sí —dijo Charles—. Carrie...

Carrie, que había aparecido, murmuró:

—Debe estar en su habitación. Iré a buscarle.

—Gracias. Pasen.

Pasaron al salón. Mientras se acomodaban, se produjo la llegada de Pheland, quien, silencioso, tomó asiento. En aquellos momentos, todos estaban pendientes de Bishop, el Notario que se había ocupado de los asuntos legales de los Frisbee. No obstante, el primero en hablar fue el comisario Meredith, quien dijo:

—Recordarás, Charles, que me diste el testamento de Dorothy, con

el fin de que fuese abierto con tu autorización, por si algo de su contenido pudiera servir de pista para hallar al asesino de Dorothy...

—Sí, sí, lo recuerdo. ¿Y bien? —inquirió Charles, impaciente.

—Bueno... El testamento, en sí, en sus cláusulas, en las últimas disposiciones de Dorothy, no tiene nada de particular; es un documento redactado hace casi tres años, y... En fin, está dicho pronto: tú heredas la mayor parte de los bienes de Dorothy; el resto, poco importante, era para Patrick... Normal, ¿no te parece?

—Sí... Sí, claro... Pero aunque yo resulte heredero, te aseguro, Meredith, que nada tengo que ver con la muerte de...

—No te precipites, Charles. El señor Bishop tiene algo más que decir. Bishop carraspeó. Luego dijo:

—Son malas noticias, señor Frisbee, lo siento. La policía, con autorización judicial, me requirió para profundizar sobre este testamento, y la composición de los bienes de los Frisbee... Patrimonio familiar, por lo que he podido averiguar.

—Sí, en efecto... La mayor parte de nuestros valores... —empezó Charles.

—Familiar, viejo —cortó el Notario—. Ustedes tenían un administrador llamado Purcell...

—Sí, pero...

—Ese Purcell —siguió el Notario, sin dejarse interrumpir—, fue un... sinvergüenza. No creo que perdamos nada por llamar las cosas por su nombre. Purcell especuló con esos valores... Supo ocultarlo, pero sus negocios fueron malos; muy malos. Los buenos valores se fueron convirtiendo en títulos, bonos, que... repito: lo siento, hoy no tienen más valor que el papel en que están impresos... Ante los hechos, he solicitado que la policía localice a Purcell.

Charles estaba completamente aturdido.

Pheland parecía no entender una palabra.

Laurie inclinó la cabeza; sentía lástima...

—Señor Bishop... —susurró Charles—, ¿Qué trata de decir?

—Están arruinados, señor Frisbee. Lo que poseen en la actualidad es de nulo valor. Queda algún efectivo, por lo que he investigado, y esta casa... Esta casa es..., o era, propiedad de ustedes tres. Charles, Dorothy, y Patrick Frisbee. Se supone, por tanto, que ahora pasa a su íntegra propiedad, para lo cual realizaremos los trámites legales necesarios.

—No es posible... —musitó, blanco y sudoroso el rostro, Charles—.

¿Debo considerarme... arruinado?

Se hizo el silencio.

Charles se pasó la mano por la húmeda frente.

—No lo creo... ¡No lo creo! Es... es cruel...

—Entonces, ¿nadie de ustedes tenía conocimiento de eso?

—inquirió Meredith—. ¿Charles?

—¡Claro que no!

—¿Señora Frisbee?

—No...

—¿Señor Pheland?

—No lo sabía... Confieso que esta visita nuestra se debía a la necesidad de dinero que para emprender un nuevo negocio teníamos Patrick y yo... Bien. Todo ha salido mal. Es... grotesco, monstruoso, que haya ocurrido todo esto...

—Sin duda, señor Pheland —dijo Meredith—, Todo parece indicar, pues, que ya no habrá nuevos crímenes.

—Yo tengo algo que decir —cortó, bruscamente, Pheland.

—¿Usted? —inquirió, con una sonrisilla, Meredith.

—Sí. Yo estuve anoche en el bosque; yo soy el hombre al que el guarda jurado vio. Bien..., me asusté, por eso huí. Debo decir que cuando llegué al bosque, Patrick estaba ya muerto. Es la única verdad. Recibí una carta en la que se me citaba en la hondonada... Cometí la estupidez de quemar esa carta, comisario, lo siento. Se me indicaba así y me pareció acertado, prudente. Estuve allí, pero no maté a nadie...

—Lo sabía, señor Pheland —dijo, con suavidad, Meredith—, Tillman, desde luego, lo reconoció. Bien... Esta confesión espontánea cambia un poco las cosas... También he comprobado que lo que dice la señora Frisbee es cierto: pasó la noche en que ocurrió el crimen de Dorothy en su suite del hotel «Los Gatos» de Santa Cruz... Tuvo... visita...

Charles miró, rabioso, a Laurie.

—Maldita seas...

—Es el amigo al que he llamado por teléfono esta mañana

—dijo Laurie, sin descomponerse—. Lo que yo haga o pueda hacer, está muy lejos de tener la menor relación con... estos crímenes...

—Eso es lo que tú dices. Bien..., como dice Meredith, ya no habrá nuevos crímenes... Lo único que espero es que de una maldita vez te metan en la cárcel, y...

—Sosiégate, Charles —cortó Meredith— Los hechos subsisten, son innegables: Dorothy y Patrick han sido asesinados por una mujer que usa traje nupcial para cometer sus crímenes. Hemos de ser prudentes al juzgar los motivos... Esta es la cuestión: motivos para esos crímenes.

—¡Lo de nuestra ruina no se ha sabido hasta ahora!

—En efecto. Pero cuando alguien se propone asesinar, y planea tan fríamente sus crímenes, ha de estar muy bien enterado de todos los detalles. No podemos acusar a su cuñada de nada.

—Pheland se ha confesado...

—Pheland ha dicho que estuvo en el bosque. Sólo eso. Bien... —se puso en pie—. Creo que ahora todos ustedes tienen algo en qué pensar. Lamento haber sido portador de estas malas noticias.

Se produjo la despedida.

En el salón sólo quedó Charles, tirado en un sillón anonadado.

* * *

Pheland, abrumado por la idea de aquella ruina total, definitiva, además, se veía obligado a tomar alguna decisión.

Paseaba por el jardín de la casa, sumido en sus negros pensamientos. Arruinado, inquieto, asustado por todo lo que sucedía... La única alternativa sensata era irse de allí.

Pheland se sentía atormentado, aunque en verdad el peor tormento era cuando pensaba en sí mismo, en su quiebra total.

Negras perspectivas... Muy negras.

Pheland estaba paseando en aquellos momentos por el contorno de la piscina, las aguas eran muy claras; había en la superficie algunas hojas de flor...

Llegó a la conclusión de que debía irse de allí aquella misma noche. Buscaría algún socio en San Francisco..., y como su hija era viuda y aún joven y muy guapa...

Pheland meneó la cabeza; se estaba volviendo loco...

Se veía allí, en aquel espejo...

No estaba solo.

No. De pronto, alguien le hacía compañía.

Era muy extraño...

Pheland, sin comprender aún, embotados sus sentidos veía, junto a su imagen, un poco detrás otra. Una imagen... blanca. Sí, blanca. Parecía una mujer vestida con traje nupcial, blanco y largo... Con el

ramito de azahar en la mano izquierda...

El aturdido Pheland, de súbito, se estremeció.

Fue el suyo un violento gesto, que completó al volverse, para ver de modo perfecto a la novia; con aquel velo en el rostro... Y con aquel tremendo cuchillo en la mano izquierda.

Pheland avanzó sus dos manos, tratando de evitar el ataque; al mismo tiempo, quiso gritar...

Su movimiento de defensa no sirvió de nada; en cuanto al grito, murió al instante, con un ronco y trémolo gorjeo, cuando el acero le produjo un espeluznante corte en el cuello. Pheland, con los ojos desorbitados, vacilante, empezó a recibir nuevas cuchilladas... Impactos que le empujaban sin remisión...

Sin vida, completamente ensangrentado, con el pavor más intenso congelado para siempre en sus pupilas oscuras, Pheland, sin asideros, no pudo evitarlo: cayó al agua, de espaldas. Fue un chapoteo; luego, afloraron burbujas...

La novia dejó caer unas florecillas en el agua...

* * *

—La cena está preparada —murmuró Carrie.

Laurie la miró.

—Gracias, Carrie. ¿Ha visto a mi padre?

—Paseaba por el jardín hace rato. El señor Frisbee está ya en el comedor.

—Iré a buscar a mi padre.

Laurie, que se sentía un poco cansada, tras haber esperado inútilmente toda la tarde la llamada de Eddy, abandonó el vestíbulo, dejando el libro que en vano había tratado de leer. Luego, salió al jardín, y deambuló unos instantes, buscando a su padre.

Laurie dio la vuelta al jardín, sin encontrar a su padre.

Al principio, no reparó en ello, pero cuando iniciaba la segunda vuelta, sintió extrañeza.

Reparó en que no había visto a su padre, y el jardín, aunque grande, no lo era tanto, como para que no hubiese visto a su padre, o éste a Laurie...

De todos modos, inquieta, Laurie fue a la casa, y llamó a Carrie para que ésta encendiera las luces del jardín, del «solarium» y la piscina, y la ayudase a encontrar a su padre.

Charles, que se dio cuenta del movimiento, apareció en el vestíbulo, cuando las dos mujeres salían.

—¿Qué ocurre ahora? —inquirió Charles, que estaba ojeroso, triste, digiriendo muy mal la noticia de su humilde pobreza.

—No sé... —musitó Laurie—, Mi padre no aparece.

—Habrá ido a matar a alguien —graznó Charles.

—Por favor.

Charles se humedeció los labios.

—Estoy desquiciado, lo admito... —dijo, con voz cansada.

—Vamos, Carrie —dijo Laurie—. O quédate aquí si lo prefieres.

Carrie miró en torno, sin saber qué; luego, los ojos enrojecidos de Charles, separando inmediatamente la vista; prefirió ir con Laurie.

—Vamos... —dijo—. Pero no puede haber ocurrido nada...

Parecía, de momento, que Carrie tenía razón. No obstante, fue Laurie quien descubrió que Carrie estaba muy lejos de la verdad. Las luces de la piscina, las del «solarium», las de la casa encendidas, conseguían una claridad más que suficiente, para que un cuerpo extraño sumergido en el agua de la piscina fuese descubierto.

Las aguas de la piscina eran transparentes... Tan transparentes...

Laurie había quedado quieta en el borde. A su lado, mirando con miedo en torno, Carrie. Y sólo a unos pasos. Charles, que ni se molestaba en buscar. Charles pensaba en sus cosas. No obstante, le sobresaltó el agudo grito de Laurie.

Luego, el de Carrie le crispó los nervios, y corrió hacia donde estaban las dos mujeres.

Allí estaba...

Abajo, desfigurado, extraño... Pero reconocible. Los ojos como globos, como peces raros, que parecían querer huir...

Carrie estaba al borde del desmayo. Laurie había reparado ya en las florecillas de azahar que flotaban por la superficie.

Charles jadeaba; empezaba a sudar.

—¿Qué significa esto? —musitó—. No deberían haberse producido más crímenes...

—L-la... la... la novia —gimió Carrie.

Laurie miró con fijeza a Carrie.

Luego, a Charles.

Se estremeció.

—Sólo vosotros dos habéis visto a esa mujer vestida de novia... —

murmuró—. ¿No es extraño?

—¿Qué quieres decir? —inquirió Charles.

Carrie aún no comprendía.

—Quiero decir. Charles, que todo esto debe tener otra explicación que la de una inexistente herencia... —dijo Laurie—. Bien. Creo que lo que procede es avisar a la policía... Que rescaten el cuerpo de mi padre, y que investiguen. Aquí sólo estamos tres personas. Dos que han visto a esa... hipotética novia, y yo... que no la he visto...

El entendimiento llegó, por fin, a la aterrada Carrie.

—Señora Frisbee..., usted... usted me acusa... Dios mío...

Y se desmayó al borde de la piscina.

Charles tenía el rostro sombrío: —Te has equivocado, Laurie... —murmuró—. Ni Carrie no yo tenemos nada que ver con esto...

—Tal vez...

—Tú haz lo que gustes, lo que creas conveniente para ti, Laurie. Lo que voy a hacer yo es muy sencillo: iré a mi cuarto en busca de mi pistola. He cometido la tontería de dejarla allí, pensando que se habían terminado los crímenes.

—Ayúdame a reanimar a Carrie, y...

—No tengo tiempo que perder...

—Charles... Tú y los tuyos, al igual que mi padre, nunca habéis tenido el menor valor. Yo os llamaría «inhumanidad»... Sois... «cero...»

Con un extraño cansancio, desmoralizada, se inclinó junto a Carrie, para reanimarla.

Carrie gemía, se recuperaba.

Laurie, como pudo, la ayudó a incorporarse. Luego, murmuró:

—Lo siento, Carrie... Perdóname.

—Yo... yo quiero irme, señora Frisbee... ¡Quiero irme de aquí! —sollozó Carrie.

—Por supuesto... Tampoco a mí me retiene ya nada especial en esta casa... Al morir mi padre, ya nada de lo que yo intentaba demostrar tiene el menor objeto. Vamos a la casa... Llamaré a la policía. Puedes hacer la maleta, si quieres, mientras. Pero no te vayas; creo que te harán declarar lo que has visto.

—Sí, sí...

Las dos mujeres llegaron al vestíbulo.

Laurie iba a decir algo a la asustada Carrie, cuando sonó el teléfono. Descolgó:

—Diga —murmuró.

—Laurie...

—¡Eddy!

—Estoy en el aeropuerto de Palo Alto. Dentro de... pongamos cuarenta y cinco minutos, estaré ahí. Y..., con noticias...

—Sí, sí... Ven pronto, Eddy. Eddy: mi padre ha sido asesinado esta noche... No puede hacer ni media hora... Ven pronto, por favor...

—Pero, Laurie... ¿es posible? Bien. Serénate. Estaré contigo lo más pronto posible. Hasta ahora.

—Sí, Eddy, gracias...

—¿Quién está contigo?

—Cuando llegues, probablemente estará la policía. Voy a llamar ahora.

—De acuerdo, hazlo. Es lo mejor.

—Ven pronto...

Laurie colgó; habían asomado unas lágrimas en sus ojos.

Capítulo 7

CUANDO CHARLES Frisbee subía hacia su cuarto, era un hombre aturdido; demasiadas cosas para un hombre habituado a la vida inactiva, amorfa, sin complicaciones...

Entró en su cuarto, por fin.

Ni siquiera necesitaba encender la luz. Sí, oía el teléfono... ¿Y qué le importaba a él que sonara el teléfono? La única noticia que le hubiese agradado recibir era que lo de Bishop, su sentencia de quiebra, había sido sólo una broma, pero, por desgracia, era muy poco probable que Bishop se dedicara a aquella clase de bromas.

Charles se dirigió rectamente hacia la cómoda.

Alargó la mano para abrir el cajón.

Fue cuando oyó aquel jadeo apagado.

Giró.

El terror desfiguró de un modo extraño el rostro de Charles Frisbee. La novia... La novia, sí, allí estaba... Con su blanco vestido nupcial, con el ramito de azahar..., con el cuchillo; el rostro cubierto por el velo pudoroso de la novia...

Charles soltó un grito gutural; un grito que el terror parecía despedazar; como un cristal que se rompe al chocar contra el suelo; un grito agudo truncado; luego, estertores.

La novia, cuchillo en mano, realizaba su obra. Su cuchillo caía una y otra vez sobre aquel hombre; le tiraba contra la cómoda, le desgarraba con el acero, salpicaba la sangre...

Charles, muerto, quedó en el suelo, retorcido, con los ojos muy abiertos, saltones.

En un inútil y desesperado intento su mano derecha se había

aferrado a los bajos del blanco vestido de la novia. Pero aquella mano, antes de agarrotarse, soltó la presa...

Unas florecillas del ramo, ya casi inexistente, cayeron sobre la víctima.

* * *

Las dos mujeres estaban envaradas, rígidas. Habían identificado el grito de Charles, cortado de súbito, y resultaba fácil reconocer la angustia de la muerte.

La mirada de ambas estaba clavada en aquellas escaleras.

No se producía el menor rumor.

Tras el grito, parecía que todo había terminado.

—Carrie... —susurró, con voz temblorosa, Laurie.

—N-no... no puedo más...

—Carrie, ve al garaje y pon el coche en marcha —musitó Laurie—. ¿Comprendes? Voy a llamar a la policía. La... la novia, lo que sea, está arriba..., a menos que sea un truco de Charles... Y no lo creo. Puedo equivocarme, pero no lo creo... Llamaré a la policía, y saldré corriendo a tu encuentro. Basta con que salgamos de aquí; una vez en el coche, no correremos el menor riesgo... Un esfuerzo, Carrie...

La exuberante criada apenas podía tragar saliva; sus carnes vibraban, estremecidas por el miedo. Sin embargo, parecía haber comprendido a Laurie y salió de la casa, despavorida.

Y apenas hubo llegado a medio camino del garaje, lanzó un grito de espanto, y quedó quieta, agitada, mirando en torno, como un animalillo acorralado. Había ocurrido de pronto: todas las luces de la casa se habían apagado.

Carrie, quieta, sin saber qué hacer, tuvo un rasgo inteligente, y se precipitó hacia el garaje; quizás había comprendido que la única solución estaba en el coche. Estaba llegando al garaje cuando oyó un rumor en la enredadera cercana.

Miró.

En un segundo, entendió lo que ocurría; desgraciadamente, no se le había ocurrido antes: la ventana de la habitación de Charles estaba situada casi encima del garaje. Por tanto, debió pensar en ello. Pero parecía tarde: allí estaba la novia.

Colgaba de las enredaderas, ofreciendo un espectáculo en verdad extraño. Tan blanca..., con la luz de la luna encima... Carrie no vio

nada más. Cuando la novia estaba en tierra, Carrie se había desplomado.

En la casa, muy nerviosa, Laurie no acertaba a ver los números del aparato. Lo tenía en la mano, pero era automático, y por más que diera al tabulador sólo obtendría línea; nunca la voz de una operadora, que hubiera podido salvar la situación, o intentarlo al menos.

De todos modos, no se movió; podía ser un simple corte de fluido, que duraría un minuto... Estaba atenta a las escaleras; ya un poco habituada a la penumbra, veía los solitarios peldaños. No había nadie allí. Luego, estuvo atenta al rumor del motor del coche, pero Carrie no daba señales de vida.

Ya podía ver los números, sí... Pero seguía muy nerviosa, por Carrie, por lo que podía suponer aquel apagón, por la certeza de que la novia asesina se encontraba en la casa. Primero, había sido su padre; luego, Charles...

Así que dejó el teléfono, y estaba ya dirigiéndose hacia la salida del vestíbulo, cuando hizo su aparición un obstáculo. Podía, en principio, parecer un fantasma, pero no lo era, no... La novia con su blanco vestido nupcial... Allí estaba, en la puerta...

Laurie, sin voz, paralizada la garganta, se detuvo en seco.

Luego, inició un retroceso lento, torpe, tembloroso...

La novia avanzaba hacia ella.

—¿Quién es... quién es usted...? —inquirió, con voz ronca, temblorosa, Laurie—. ¡Diga quién es!

La novia avanzaba, con aquel ramillete mutilado.

Blanca, fantasmal, silenciosa...

Laurie seguía retrocediendo.

Veía mucho mejor a la novia en aquellos momentos. Los ojos de Laurie rodaron en sus cuencas. Notaba en la espalda el barandal... Veía el siniestro avance de aquella silueta... Todo la empujó a correr, sin fuerzas para soltar aquel grito que estaba comprimiendo su pecho. Por precipitación, tropezó con el segundo peldaño, y cayó de bruces, para luego rodar, incontenible, perdido el equilibrio, hacia el suelo del vestíbulo.

Se golpeó la cabeza, y quedó tendida.

Con su hermosa cabellera desparramada por el suelo, con sus bellas piernas al descubierto, los ojos cerrados, débil la respiración...

El taxi se detuvo frente a la casa. El pasajero abonó la carrera, y se apeó.

Era un hombre de algo más de treinta años, pelirrojo, con cara redonda, llena de pecas, que movía a la confianza; el poseedor de aquel rostro tenía que ser persona cordial, agradable, servicial...

Eddy tardó aún unos segundos en advertir algo extraño en el ambiente. Había encontrado la verja abierta, y no veía una sola luz en toda la casa, ni en el jardín; todo estaba a oscuras, en silencio. Inquieto, pensando que tal vez Laurie se había ido sin esperarle, vaciló antes de seguir adelante. No obstante, conocía a Laurie, y si ella había dicho que estaba allí esperando, debía estar. O bien había ocurrido algo grave...

Eddy apretó el paso, acercándose a la terraza.

Miraba, desconcertado, en torno. Demonios, ¿a quién llamar, y qué hacer?

No era mala idea avisar a la policía. Lo recordaba bien: Laurie había dicho que habían asesinado a su padre...

Eddy se removió, volvió a mirar en torno. Seguía la oscuridad, el silencio...

Respingó, de pronto, al ver moverse algo en el suelo, cerca de la puerta que debía corresponder al garaje. Dio unos pasos, muy atento a cualquier posible peligro, pero luego se dio prisa en llegar junto a aquella mujer de las tremendas piernas, que estaba en el suelo, gimiendo, removiéndose, como presa de espantosas pesadillas.

Un instante después, Eddy estaba inclinado junto a Carrie.

Trataba de reanimarla, y lo consiguió a los pocos segundos, ya que Carrie, acuciada por el recuerdo, por el instinto de conservación, lanzó un chillido largo, agudo, al encontrarse sujeta por alguien... Su mirada, llena de pavor, buscó el blanco vestido de novia...

—Cálmese, ¿cómo se encuentra, qué ha ocurrido...?

Carrie estaba encogida, temblorosa. No entendía nada.

¿Dónde estaba la mortífera novia?

—Diga, ¿qué sucede? ¿Dónde está Laurie? —insistió Eddy—, Me llamo Edward Kyble, y telefoneé hace unos cuarenta minutos. Laurie me dijo que había ocurrido algo, que iba a llamar a la policía, y que me esperaba aquí.

Carrie empezó a reaccionar.

—Dios mío... Y-yo... ¿Usted llamó a...?

—Tranquilícese. Le aseguro que no corre ya el menor riesgo... Vamos, diga, ¿qué ha ocurrido con Laurie?

—No sé... ¡No sé! M-me... me desmayé... La novia se abalanzaba sobre mí, y...

—¿La novia?

—Sí, sí... ¡Es horrible! Ha asesinado al señor Pheland, y al señor Frisbee... E-el... el cadáver del señor Pheland está aún en la piscina... El señor Frisbee debe estar en su cuarto. Y... y... y no me atrevo a pensar en lo que haya podido ocurrirle a la señora Frisbee...

—¿Qué ha pasado con la luz? —inquirió Eddy.

—No sé... Quizás los fusibles...

—Venga conmigo Dése prisa. No tenga miedo...

Tiró de Carrie, poniéndola en pie. Carrie, muy aturdida, sin saber dónde pisaba ni qué hacía, condujo a Eddy hasta el armario que disimulaba la instalación eléctrica de la casa, que se encontraba en el primer piso. Eddy, tras manipular, devolvió la claridad a la casa. Entonces se pudo ver.

Las luces hicieron cerrar los ojos a Carrie; ojos húmedos, irritados.

En cuanto a Eddy, no necesitaba, de momento, hacer más preguntas. Había ido hasta aquella habitación cuya puerta estaba abierta, y pudo ver el cadáver de Charles Frisbee, apuñalado, con aquellas florecillas sobre el pecho...

—¿Dónde está Laurie? —inquirió Eddy.

—No sé... Me desmayé, y...

—Abajo —dijo Eddy.

Bajaba rápido las escaleras, y Carrie se dio prisa. Si no corría peligro junto a aquel hombre, no se separaría de él ni una yarda.

No. El cadáver de Laurie no estaba en la piscina; sí el de Pheland, que Eddy contemplaba de un modo extraño. A su lado, Carrie musitó:

—No lo entiendo... De haber matado a Laurie, debería estar el... el cadáver por aquí...

Eddy la miró unos instantes.

—¿Quiere decirme dónde está el teléfono? —pidió—. Llamaré a la policía. Veremos si Laurie lo hizo o no.

Carrie condujo a Eddy al vestíbulo, y le proporcionó el número de la Estación de Policía. Eddy, nervioso, pensando en Laurie, marcó el número indicado por Carrie.

—..., sí, Edward Kyble... Hace menos de una hora que he llegado a Palo Alto, procedente de Santa Cruz... Exacto: estoy en casa de los Frisbee... ¡Claro que les espero!

Y colgó el teléfono.

Miró a Carrie, y dijo:

—Mientras llega la policía, creo que lo único práctico que podemos hacer es intentar encontrar a Laurie.

—Pero..., no está... Ha desaparecido...

Eddy se pasó la mano por la frente.

—Es evidente —murmuró—. De estar aquí, nos habría oído..., a menos que..., a menos que...

No lo dijo.

Carrie lo entendía muy bien. La novia quizás había asesinado también a Laurie... Lo único que Carrie podía decir con seguridad era que ella estaba viva. La novia no la había matado, cuando todo fueron facilidades... Era extraño... ¿Qué había ocurrido con Laurie, entonces?

Capítulo 8

EL comisario Meredith, siempre parsimonioso, como si en el mundo sólo tuviera importancia el cigarrillo que fumaba, daba la falsa impresión de sentir una indiferencia total por lo que ocurría. Junto a él, en aquellos momentos, estaba sólo Eddy Kyble, bastante nervioso. Había varios policías por todo el contorno, realizando los trabajos correspondientes.

Por ejemplo, ya habían bajado el cadáver de Charles Frisbee, que estaba en una camilla, cubierto por una manta, y dos camilleros lo iban a introducir en una ambulancia.

Se trabajaba también en la piscina, para extraer el cadáver del señor Pheland.

Y, en general, la gente se estaba moviendo por el contorno; se veían destellos de luz. Los más alejados, manejaban linternas.

Llegaba el cabo Spruce, meneando la cabeza.

—¿Nada? —inquirió Meredith.

—Nada... No aparece.

Spruce se fue, y Meredith miró de soslayo a Eddy.

Esbozó una sonrisilla, y dijo:

—No me gusta lo que ocurre. No es lógico que la señora Frisbee haya desaparecido... Siento parecer suspicaz, pero esto tiene ciertos visos de... fuga. ¿Me comprende, señor Kyble?

—¿Sugiere que es culpable de toda esta... matanza, y que por eso ha huido?

—Parece que no le sienta muy bien... —dijo Meredith.

—Sólo creo que está equivocado, comisario.

—Es posible. Admito que estoy desconcertado. Como todo el mundo, estaba convencido de que se mataban por dinero... Luego, resulta que los Frisbee están arruinados, y no parece que tenga el menor objeto seguir matando. Y... ha sido espeluznante lo de esta noche. No sé qué pensar, ésa es la verdad. Me he dejado engañar.

Luego, Meredith pareció distraerse, ya que habían recuperado el cadáver del señor Pheland. Estaba atento a lo que veía. Habían dejado el cuerpo en el «solarium», y un par de hombres estaban inclinados junto al cadáver.

Volvieron a quedar solos Meredith y Eddy. El policía le miró de soslayo, y dijo:

—Entonces, parece que la señora Frisbee le merece un buen concepto, señor Kyble.

—Sí —dijo, seco, aún molesto por el tono reticente del policía, Eddy.

—¿Hace mucho que la conoce?

—Pues..., unos seis años... escasos.

—¿Todo este tiempo han sido tan amigos, señor Kyble?

—No. No, señor. Durante los últimos años, no nos hemos visto. Por lo tanto, espero que quede sentado que no hay nada de lo que usted sospecha; es decir, Laurie y yo no hemos sido amantes. Ella..., es incapaz, ¿comprende? Por otra parte, yo..., conociéndola, jamás hubiera...

—Dice que ha estado mucho tiempo sin verla, Kyble.

—Sí. Casi cinco años.

—Una persona cambia. ¿No cree?

—Laurie, no.

—¿Por qué está tan seguro?

—Mire, comisario... Sé lo que digo. Laurie es una mujer excelente en todos los terrenos. Lo único que... le he reprochado, es su... digamos obsesión... Pero para que usted comprenda bien todo esto, le tendría que explicar una historia un poco larga, y no creo que le interese.

—¿Por qué no? Me encantan las historias, Kyble. Además, no tengo nada mejor que hacer en estos momentos.

—Si trata de burlarse...

—Señor Kyble, estoy tratando de averiguar quién y por qué ha cometido cuatro asesinatos en dos días. ¿Comprende? —dijo, seco, Meredith—, Por supuesto, me interesa, y mucho, la historia de la señora Frisbee. Tiene que haber un motivo para que se hayan producido estos cuatro asesinatos, por... una novia fantasmagórica, y de cuya existencia

no es posible duda, por muchos detalles.

Kyble lo entendió, y murmuró:

—No tengo inconveniente en explicársela, comisario... pero en cuanto a mi intervención, que quede claro, se limita a haber realizado algunas gestiones en los últimos meses... Laurie me localizó, y reanudamos una amistad interrumpida... Pero creo que estoy empezando casi por el final. Debo decir, en primer lugar, que Laurie y yo nos conocimos por medio de Dan Bascomb. Este era mi mejor amigo, y amaba a Laurie. Y Laurie le amaba a él.

—¿Era? ¿Murió?

—Pues..., no. No. Pero déjeme proseguir. Dan y Laurie se conocieron, y se enamoraron; a esto no hay que darle vueltas ni buscarle explicaciones, supongo. Como sea, este amor sentaba muy mal al señor Pheland, al padre de Laurie. Se oponía rotundamente al proyectado matrimonio entre ambos. Tal matrimonio no llegó a celebrarse.

—¿Por qué razón?

Eddy miró hacia donde estaba el cadáver de Pheland.

—Bueno., —hizo un gesto, señalándolo—. El señor Pheland lo impidió. Lo hizo cuando todo estaba prácticamente listo para la boda. Es más: ante la decidida y rotunda oposición del señor Pheland, Laurie incluso se había mudado; se había ido de su casa, y vivía en un pequeño apartamento en espera del día de la boda. Un día antes, el señor Pheland fue a verla al apartamento, y..., le dijo que no había boda, que Dan Bascomb se había marchado. El señor Pheland se sintió satisfecho al decirle a Laurie que ello era lo mejor que había podía ocurrir, puesto que la desaparición de Dan sólo tenía un motivo: cincuenta mil dólares que había aceptado, a cambio de dejar en paz a Laurie.

—¿El señor Pheland pagó ese dinero...?

—Laurie siempre dijo que fue una miserable compra-venta. Patrick Frisbee, para casarse con Laurie sólo tenía un tributo: dinero. A Laurie no le interesaba, pero sí al señor Pheland. Este manejó el asunto. Compró a Dan, y vendió a Laurie al señor Frisbee.

—Entiendo... No es ejemplar, precisamente.

—No. Pero ocurre que Laurie jamás creyó que Dan la hubiese abandonado por cincuenta mil dólares. Laurie estaba... obsesionada, por la creencia de que lo que había hecho su padre era matar a Dan. Y Laurie, durante mucho tiempo, ha tratado de encontrar el cadáver, la tumba; la prueba del crimen de su padre... Hasta que me encontró a mí,

me pidió ayuda... Y yo también he estado buscando.

—¿Algún resultado? —inquirió Meredith.

—Pues... sí. Sí... Dan no está muerto. Es decir, no fue asesinado por el señor Pheland, como sospechaba Laurie.

—Así, es cierto que abandonó a Laurie por ese dinero...

—No lo sé...

—¿Cómo que no lo sabe? ¿No eran amigos Íntimos, Kyble?

—Eso sí... Pero..., Dan desapareció. No sé si con ese dinero, o sin él; desapareció, simplemente, el mismo día en que debía contraer matrimonio. Lo que yo puedo decirle al respecto es que Dan y yo estábamos esperando a la novia, con otro actor de la compañía, para actuar como testigos ante el juez. La novia tardaba mucho... Tanto, que no se presentó. Dan estaba muy nervioso... No nos dio explicaciones, no nos dijo una palabra... Nos dejó ante el juzgado, y se marchó. Desde entonces, desde el día de la boda frustrada, no he vuelto a verle.

—Si estaba allí para casarse, es que Pheland no le compró.

—Pues..., eso parece...

—Y desde entonces, no ha visto a Dan Bascomb... Y a Laurie la vio hace unos meses, después de tanto tiempo.

—Exacto. Yo..., casi había olvidado el asunto.

—¿Qué es lo que hizo Laurie?

—Su padre, la noche anterior a la boda, fue a verla a su apartamento, y le dijo que todo era ya inútil: que Dan se había ido con ese dinero. Laurie me contó que había estado llorando toda la noche, y que al día siguiente se marchó, por la mañana, con su padre. Fueron unos días de descanso, para relajarse, para pensar... Su padre no la dejó en paz. No paró hasta conseguir la boda de Laurie con míster Frisbee. Y ha sido infeliz siempre.

Meredith se acarició la barbilla.

—¿Sabe algo concreto de Dan Bascomb? —inquirió.

Eddy se humedeció los labios.

—Algo..., sorprendente. Yo..., jamás lo sospeché, ésa es la verdad... Por lo que he podido ir averiguando, resulta que Dan es... un enfermo mental... A los quince años, ingresó en un sanatorio, donde permaneció por espacio de cuatro años. Salió, al parecer, muy mejorado. Se le aconsejó, sin embargo, que se sometiera a revisiones periódicas, ya que su enfermedad, si bien podía tener épocas de remisión, era irreversible, incurable... Cuando yo le conocí, cuando ingresó en la compañía, Dan parecía un muchacho normal. Era correcto, culto, delicado con todo el

mundo... No se podía sospechar algo así...

»Todo esto lo he averiguado, se puede decir, en las últimas horas, comisario... Y sé, por fin, lo que hizo Dan después de abandonar la compañía. Se fue al Este. Primero, estuvo en New York; luego, fue descendiendo hacia el Sur, hasta recalar en Alabama, donde se enroló a una compañía de malos cómicos... Dan, según creo, empezó a beber. Supongo que eso sería fatal para su enfermedad... —musitó Kyble—. En una representación de «Otelo», en el que era el personaje principal, estuvo a punto de matar de verdad a «Desdémona...»

Meredith le miraba con los ojos entornados.

—¿Un accidente? —inquirió.

—No... No fue un accidente —Kyble se removió—. La atacó con furia, dispuesto a matar... Tuvieron que suspender la función, y arrebatar a la aterrada «Desdémona» de entre las manos de Dan... Lo que sigue, es fácil de comprender: fue detenido, examinado... Ni siquiera se le juzgó, ya que su enfermedad atravesaba una aguda crisis. Inmediatamente, se le internó en un Centro Psiquiátrico...

—Comprendo. ¿Cómo Laurie, tanto tiempo buscándole, no se enteró de eso?

—Creo que sólo existe una explicación: Laurie buscaba por un camino equivocado. Ella, repito, estaba persuadida de que Dan había sido asesinado... Más concreto aún: ella pensaba que su padre había contratado a algún profesional para cometer el crimen, y... se perdió por ese camino... Trató de hacer averiguaciones por medio del hampa, y lo único que consiguió fue gastar mucho dinero.

—¿Y usted ha buscado por otros caminos?

—En efecto. Yo..., no podía creer que el señor Pheland hubiese cometido ese crimen... Pheland, a mi juicio, no era más que un ser sediento de dinero, y capaz de cualquier jugada sucia por diez centavos, pero incapaz de llegar al crimen... Así que busqué por otros derroteros.

—Entonces, Dan Bascomb, en la actualidad, se encuentra recluido en un Centro Psiquiátrico.

Kyble inclinó la cabeza.

—Pues... no. No... —murmuró—. Escapó de aquel Centro hace unos meses.

—Veamos, veamos... —murmuró Meredith—, Dan Bascomb fue internado a instancias de la Ley, ¿no es así?

—Sí...

—Entonces, su fuga de ese Centro es..., por decirlo de una manera

clara, casi como si se hubiese escapado de la cárcel... ¿No?

—Bueno, algo así... Sé que le busca la policía.

—Yo no he recibido noticias al respecto. De todos modos, aunque no deja de ser una historia..., dolorosa, deprimente, incluso, no creo que tenga mucho que ver con lo que nos ocupa. ¿Tiene alguna fotografía de Bascomb?

—Conservo una de un grupo. Tiene seis años de antigüedad, pero no creo que Dan haya cambiado mucho... en su aspecto físico, se entiende.

—¿Me permite verla?

—Desde luego.

Eddy extrajo una cartera del bolsillo interior de la chaqueta, y una fotografía de un grupo de actores; señaló a Dan Bascomb; al muchacho delgado, de cuidada cabellera un poco larga, de grandes ojos melancólicos. Meredith miraba la fotografía, sin expresión. Luego, la guardó en un bolsillo, sin que Eddy opusiera el menor reparo.

—Se la devolveré —dijo—. Bien, resumamos: nada de esto ayuda a deducir qué puede haber ocurrido esta noche con la señora Frisbee. Y las noticias de las que usted es portador no puede decirse que sean excesivamente buenas...

—Malas —dijo, lacónico, Eddy—. Puedo decirle a Laurie, que Dan es sólo un pobre demente, un enfermo, que ha huido de un Centro Psiquiátrico, que se le busca, pero no tengo noticias de su paradero. Es todo. Dentro de todo, no obstante, hay algo que debería hacer reflexionar a Laurie; me refiero al hecho de que el señor Pheland, en contra de lo que ella cree, no mató a Dan.

—Es obvio. Y...

En aquel momento, llegaba Spruce.

Meredith le interrogó con la mirada.

—He avisado a todo el mundo, comisario —dijo Spruce—. Se busca ya a la señora Frisbee en toda la zona de Palo Alto, East Palo Alto, y Rancho Pulgas... Una cosa es segura: no está en la casa ni en las inmediaciones. Esto me sugiere que la señora Frisbee ha podido ser raptada por ese asesino y llevada a algún sitio.

—Es posible... De hecho, es la única explicación lógica. Pero, ¿para qué? —gruñó Meredith.

Ninguno de los tres hombres parecía dar con la respuesta.

Meredith extrajo la fotografía que le había mostrado Eddy Kyble y la mostró a Spruce.

—¿Has visto a ese hombre por Palo Alto o alrededores, Spruce? —

inquirió.

—No... No le recuerdo... ¿Quién es?

—Se llama Dan Bascomb. Llévate la fotografía a la Estación, ampliada el rostro de ese hombre, y obtened un buen número de copias, que iremos distribuyendo. Memorizad este rostro, y cercad la zona de nuestra jurisdicción; es lo que podemos hacer por ahora. Me temo que..., es un poco tarde para hacer algo realmente efectivo por la señora Frisbee, pero tampoco nos cruzaremos de brazos.

—¿Puedo agregarme a la búsqueda, comisario? —inquirió Eddy.

—De acuerdo. No me parece momento adecuado para desechar colaboraciones...

Capítulo 9

LAURIE sólo tenía una débil noción de lo que ocurría. Notaba que su cuerpo sufría constantes sacudidas, que recibía golpes constantemente; golpes que no producían apenas dolor... Era como si viajase en un carro infernal... Y no veía nada, absolutamente nada...

Luego, cuando conseguía recordar algo más nítido, parecía recibir un golpe, y perdía el sentido.

La última vez que se recobró, Laurie percibía un completo silencio. Ya no recibía golpes, ya no experimentaba sacudidas. Con los ojos cerrados, trató de serenarse; pensando con mayor claridad, llegó a la conclusión de que había realizado un viaje; un trayecto, metida en el maletero de algún auto, o vehículo, que saltaba endiabladamente... Sólo podía ser eso.

Se atrevió a abrir los ojos, y no reconoció el lugar donde se encontraba; estaba a oscuras, todo a oscuras; por una ventana, apenas penetraba algo de la luz de la luna.

Gritó, de pronto, sofocadamente, al ver aquella silueta, a la blanca novia, allí estaba...

Iba a gritar de nuevo, pero algo cayó sobre ella; algo que la dejó completamente a oscuras, sofocada, con escaso aire... Olía incluso un poco mal. No comprendía...

¿Qué era aquello? Parecía un teléfono...

Sí, era un teléfono...

Y alguien contestaba. Una voz de hombre.

Oía responder, muy apagadamente, eso sí, una voz de hombre...

Luego, vuelta al silencio, a la oscuridad, al sofoco...

Intentó tantear, pero notó sus manos, brazos, y piernas, atadas.

No podía moverse... Era como si se encontrase en un ataúd... Y la idea la llenó de terror, de un intenso terror; brotó el sudor por sus poros, mientras que un intenso frío la tenía estremecida... ¡En un ataúd...!

Era raro..., aquel ataúd parecía tener rendijas; se encontraba en un lugar en el que se había encendido la luz, y veía a través de rendijas, de grietas, en su ataúd..., veía las líneas de claridad... Y respingó vivamente, al oír aquella voz:

—Es el final de mi venganza...

Una voz enronquecida, pero no por ello irreconocible; no para Laurie, que vio confirmadas unas sospechas que la habían aturdido de un modo terrible. Una voz que, además, pareció obrar sobre su corazón, lanzándolo a un ritmo loco, golpeándole el costado, las costillas, con fuerza...

—¡DAN! ¡DAAAN...! —gritó, bajo el sofoco de su especie de ataúd.

—¿Me has reconocido?

—Dan..., sácame de aquí...

—Nunca. Aquí tienes que morir.

—Dan..., si supieras lo que te he amado, lo que te amo...

—¡Mientes! —sonó, muy ronca, muy alterada, aquella voz.

—¿Cómo puedes decir eso...?

—Basta. No me interesa oírte. Sólo una cosa: ¿cómo es posible que me hayas reconocido?

—Dan..., cuando te vi en la casa de los Frisbee... Es decir, vi el vestido... ES MI VESTIDO DE NOVIA... ¿Crees que no lo hubiese reconocido entre mil? ES MI VESTIDO...

—Es verdad, tu vestido... No está en muy buenas condiciones, ¿sabes? Cuando yo lo encontré, en tu apartamento, estaba casi destrozado; rasgado con rabia... Lo vi tirado, pisoteado, roto...

—Sí, es verdad, yo lo hice... Me abandonaste. Dan. Cuando rasgaba y pisaba el vestido, pisoteaba también mi amor engañado, burlado, humillado. ¿Por qué lo hiciste, Dan? ¿Por qué? ¿Tanto te interesaba el dinero? ¿Tanto? ¿Y nuestro amor? Yo creí todo lo que me decías... Yo lo hubiese dado todo por ti...

—Cállate... ¡Mientes, mientes!

La tapa se abrió violentamente.

Laurie soltó un ahogado grito de espanto.

Dan Bascomb estaba allí, aún con el vestido de novia, y a la luz

eléctrica de aquella cabaña. Se había retirado el velo, y su rostro alargado se veía lleno de extrañas sombras; sus ojos, antes melancólicos, con una dulce melancolía, aparecían saltones, enrojecidos... Pero era él. Dan Bascomb... Enflaquecido, con la respiración agitada, grotesco con aquel vestido que, se veía bien, estaba rasgado por varios sitios, y muchas manchas de sangre se habían unido a los destrozos... Del ramillete de azahar, artificial, quedaba apenas un pingajo... La fragancia del amor había caído deshojada, ensangrentada...

Por lo demás, Laurie no se encontraba propiamente en un ataúd. Se encontraba metida en lo que era el catre que había en la cabaña; un catre hueco, una especie de cofre no muy alto, pero sí largo y ancho.

—Dan... Dan, Dios mío... ¿Qué ha sido de ti? —sollozó Laurie.

—Lo que tú quisiste...

—Hablemos, Dan... Tenemos que encontrar la suficiente serenidad...

—No tengo tiempo que perder. Me han llamado por teléfono; todo el mundo te está buscando. Y yo tengo que buscarte también... Y nadie te encontrará jamás. Nadie.

Tienes que desaparecer... Tú eres la locura introducida en mi cerebro... Pero yo acabaré contigo, con tu traición... Y he acabado con todos ellos... ¡Con todos! Tú eres la traición en persona, pero ellos fueron la base de tu traición...

—Dan, n-no... no comprendo nada...

—Ellos, con su dinero, sí...

—¿Por qué mencionas eso ahora? Yo...

—Tu padre me lo dijo, y no le creí... Le desprecié, no quise saber lo que había de verdad en sus palabras, que parecían cuchillos... ¡No quise creerlo, y te estuve esperando para casarnos...! ¡No viniste! Tu vestido estaba allí, pisoteado... Yo lo tomé... Yo...

—Pero, Dan... ¿Qué estás diciendo...?

—Y no recuerdo muchas cosas de aquellos tiempos... No sé... Huí de mí... No recuerdo muchas de las cosas que he debido hacer... No... Tengo un vacío en el cerebro... Un vacío extraño... Sólo sé que en mi mente, durante mucho tiempo, unas figuras diabólicas han estado danzando, contorsionándose, riéndose... ¡Se reían de mí, en mí propio cerebro...! Se reían de mí, sí... ¡Y tú también estabas...! Tú estabas aún. Los demás ya no... Ya no están, los he arrancado de mi cerebro... Los demás, han muerto todos... Y quedas sólo tú; tú, que aún danzas y te ríes, en mi cerebro...

Laurie, con los ojos muy abiertos, helada, veía el infierno en los ojos

de Dan Bascomb, antaño melancólicos, dulces, llenos de amor...

Bascomb la miraba con aquella terrible fijeza...

—Todos tenían que desaparecer de mi mente... Me hacían tanto daño... Todos. La base de tu traición... La repugnante vieja cuyo dinero sirvió para hundir algo que debió estar por encima de todo... Ella fue la primera, sí; ella, que hizo brillar el oro...

—Dan... Dan, esos crímenes... ¿Cómo es posible...?

—He vivido para eso... No sé nada más. Tenía que destruir... A todos. A esa vieja, a la que hizo brillar el oro de la traición... Y a tu padre..., y a tu marido, y... —se echó a reír; una risa estremecedora en verdad—. Tu marido creía que eras tú quien le mataba... Rogaba a Laurie por su vida, no quería morir... ¡Yo tampoco quería tener en mi cerebro aquellos diablos danzando, soltando sus brutales carcajadas!

—Dan..., escúchame: te suplico que dejes ya de...

—¡Qué miedo a la muerte! ¡Pues no es lo peor! ¿Qué vas a decirme? ¿Que vuelva al manicomio de dónde escapé? No, aún no... Cuando todo haya terminado, volveré, fingiendo no recordar nada... Pero volveré en paz. Ya sin nadie danzando en mi cerebro... Me escapé para eso: para matar los fantasmas de mi cerebro... y vine aquí, y lo he preparado todo fríamente... Nadie sospecha de mí...

Laurie, un poco más recuperada, miró en torno, descubriendo cosas como la escopeta, el sombrero del guarda jurado, ropas, botiquín, el teléfono...

—Fue fácil conseguir este cargo, que sólo lo quieren los solitarios... Y yo soy capaz de muchas cosas, caracterizándome. ¿O nunca creíste sinceramente que yo era un buen actor? Yo puedo ser Dan Bascomb, puedo ser Bill Tillman, el solitario y adusto guardabosques, y puedo ser el símbolo del ultraje...

—Dan..., la única ultrajada, burlada, humillada, soy yo... Me dejaste por cincuenta mil dólares... Mi padre te...

—¡Eso es mentira!

—Pero...

—¿Qué es lo que pretendes? Nadie conseguirá engañarme otra vez. ¡Nadie! Vas a morir... Eres mi último fantasma... Yo sé que he hecho las cosas bien, que luego podré huir de aquí tranquilamente. Todos creen que os habéis despedazado por dinero...

—No es así. Dan... Los Frisbee están arruinados... El jefe de policía ya sabe, pues, que los crímenes no tienen como motivo la herencia. Además, Carrie podrá decir muchas cosas...

—Debí matarla... Pero ella nada tenía que ver con todo esto. Yo no mato inocentes. No, no... Inocentes, no... No quiero matar inocentes..., me da miedo... Aquella pobre «Desdémona»... Sí, lo recuerdo. Se parecía un poco a ti... Ante mis ojos, llegó a convertirse en Laurie Pheland...

—¿De qué estás hablando, Dan?

—No importa.

Laurie sacudió la cabeza.

—Dan... Dan, te lo suplico, dime la verdad: ¿No te dio mi padre cincuenta mil dólares para que te marcharas...? Quiero la verdad. Yo pensé que te había matado, no quería creer que aceptaste ese dinero...

Los ojos de Dan Bascomb parecían una hoguera en aquellos momentos.

—Tu padre nunca me propuso eso; no se hubiera atrevido... —dijo—. Una pregunta sin sentido, mi amor... Tu padre fue a verme, y me dijo que me habías abandonado por fin, que no volviese a molestarte... Me dijo que estabas con el hombre que iba a ser tu esposo... Que habías ido a Las Vegas a contraer matrimonio... No lo creía, pero me dio las señas del «motel» en que estabais alojados, y el teléfono... Te llamé varias veces, y nunca quisiste hablar conmigo... Te llamé más de veinte veces en dos días; te negabas a hablar conmigo...

—Yo nunca he estado en Las Vegas, Dan... —susurró, con los ojos muy abiertos, Laurie.

—¡Mientes! Estabas allí, con él... Elegiste el oro... Sin embargo, yo no quería creerlo aún... El día que nosotros teníamos fijado para la boda, fui con los testigos, esperándote, como si realmente nada ocurriera, con la esperanza de verte llegar... Pero no estabas, claro. Sólo estabas en mi mente... Y cuando ya se cerró la esperanza, me fui. Durante unos días, no sé lo que hice... No lo recuerdo. Luego, fui a tu apartamento... No sé por qué; aún, quizás, creí que todo era locura por mi parte... Todo estaba vacío, solitario, abandonado... Allí habías pisado tu vestido de novia, el que ibas a utilizar para casarte conmigo.

—Dan, nunca estuve en Las Vegas... Espera, espera

—Laurie cerró los ojos—... Mi padre me engañó... Sí, me engañó... Ni te mató, como yo creía, ni tú aceptaste ningún dinero por abandonarme... Nos mintió a ambos... A mí me dijo que te había comprado, y a ti te dijo que yo estaba lejos, con otro hombre...

—¡Tú estabas lejos!

—No, no... Mi padre debió preparar el engaño de Las Vegas... Pudo

alquilar esa cabaña en un «motel», y dejar encargo a los empleados... ¡Claro que yo no hablé contigo...! ¡Porque no estaba allí! Y tú creías que yo me negaba... Dios mío... Nos engañó a los dos... No te mató ni te compró... Sólo un miserable engaño, como a mí... Tú ya habías desaparecido..., y yo creía que cobardemente, con ese dinero...

—¡Todo son mentiras! ¡Mentiras tuyas!

—Dan, no... No son mentiras... Mi padre nos engañó... Pienso que... que quizás tú y yo tuvimos demasiado orgullo... Debimos buscarnos, en lugar de cada uno huir por su lado, con la carga de la angustia más negra... Tú desapareciste, y yo me refugié muy lejos...

—¡Hasta que llegó el oro que esperabas! No te refugiaste, nada de negra angustia... Tú te ocultaste, esperando el oro...

—Dan...

—Basta.

Laurie quería protestar; todo aquello era demasiado cruel...

¿Cómo es posible? Su padre, quizás, había hecho algo peor que matar a Dan... Le había conducido al límite de su mente enferma...

Tenía que hacer comprender la verdad a Dan; que fueron engañados, que no hubo traición, que aquel tiempo perdido no era culpa de ellos... Pero Laurie, paralizada, recordaba aquellas horribles muertes; algo que para siempre les separaba...

Su cerebro era un caos; se mezclaban el dolor y el terror...

¿Qué hacía Dan...?

Había tomado algo del armario, y se lanzaba sobre ella...

Laurie quiso evitarlo, trató de removerse, pero el espacio no se lo permitió; la mano de Dan, nerviosa, buscaba su boca, le aplicaba algo... La estaba narcotizando...

* * *

Al despertar, sin noción del tiempo transcurrido, notó un olor conocido, un raro sabor en la boca... Del botiquín, Dan debió emplear cloroformo, que cualquiera sabía por qué estaba allí... Quizás Dan lo había preparado todo con, como decía, absoluta frialdad...

Laurie se dio cuenta entonces de que llevaba puesto aquel blanco vestido rasgado, lleno de sangre...

Y vio a Bill Tillman, con su barba grisácea, la pelambrera descuidada, la escopeta en la mano...

Antes de que Laurie pudiera reaccionar, era amordazada. Y el

hombre la contemplaba, a través de aquellos ojos desconocidos para Laurie.

—Adiós para siempre —dijo la voz de aquel hombre—. Voy a prender fuego a la cabaña. De ti sólo aparecerán cenizas. Irreconocibles cenizas... Serás completamente destruida.

Laurie, desesperada, con los ojos desorbitados por el espanto, se agitaba, sin conseguir movimientos útiles... Era un puro debatirse a causa del terror.

Y se cerró la tapa sobre ella.

Fue como si se cerrase sobre ella el último resquicio de vida.

Allí, en pie, Tillman repasaba su actuación.

Había enterrado ya el cuchillo con el que cometió los crímenes, y el vestido, con el resto del ramo, ardería sin dejar el menor rastro. Por lo demás..., no había posibilidad alguna de que se sospechara de él. Tillman no podía ser la novia que mataba en el bosque, y en casa de los Frisbee... ¿Quién podía relacionarles jamás?

Para que el fuego se propagase con mayor rapidez, rociaría con gasolina aquel catre-cofre.

Ya no habría fantasmas en su cerebro; ya nadie danzaría; ya no oiría aquellas carcajadas que le enloquecían...

Iba a buscar gasolina, cuando oyó que llegaba gente.

Por unos instantes, Tillman quedó inmóvil, sintiéndose acorralado, pero serenó de inmediato su mente, y asomó un poco, para distinguir al comisario, a Spruce, y a aquel hombre... ¡Eddy!

Pero Eddy no podría reconocerle bajo aquel disfraz...

Les dejó llegar.

—Tillman... ¿alguna noticia? —fue lo primero que preguntó Meredith.

—Ninguna. He dado un par de vueltas, pero no he visto a nadie, comisario.

—Ya... Cualquiera sabe dónde demonios se encuentran... Abra los ojos.

—Desde luego.

Parecía que estaba todo dicho, cuando Eddy murmuró:

—¿Puedo llamar por teléfono, Tillman? Ni siquiera sé si mi equipaje ha llegado al hotel...

—Llame —dijo, indiferente, Tillman.

Eddy realizaba su llamada, mientras que Meredith daba una serie de

instrucciones a Tillman, que se limitaba a asentir a todo, con movimientos de cabeza. Eddy colgó el teléfono, y a su olfato llegó un olor un poco raro. No le dio mayor importancia, al parecer, y salió de allí con los policías, mientras Tillman aseguraba una nueva batida, de mayor duración y recorrido.

Capítulo 10

SE habían alejado unos doscientos pasos de la cabaña, cuando Eddy empezó a sentir una honda inquietud. Se detuvo.

Meredith le miró,

—¿Ocurre algo, Kyble? —inquirió.

—Nada... Olvidé realizar una llamada a Santa Cruz; es algo urgente. Espero que Tillman me deje telefonear; aprovecharé que tengo cerca este teléfono... es cosa de minutos.

Se separaron.

Eddy volvía sobre sus pasos. Lo de la llamada telefónica no era, en realidad, más que una excusa, para echar un vistazo allí, en la cabaña, en cuanto Tillman se alejara para cumplimentar su ronda. Sí, necesitaba ver algo...

Pero al haber luz, estaba claro que Tillman seguía en la cabaña.

Se dirigió hacia la ventana, para echar un vistazo. Era mejor que Tillman no le viese, que no sospechara nada, porque Eddy aún creía estar equivocado. Por fin, llegó a la ventana. Su mirada vagó un instante, antes de descubrir a Tillman.

¿Qué significaba aquello...?

* * *

Tillman no esperó demasiado; creía que ya los policías estaban en el coche, con Eddy, y empezó a poner en práctica su plan.

La lata de gasolina pasó a manos de Tillman, que empezó a rociar el catre; ropas, madera...

Extrajo una caja de fósforos, y prendió fuego a unas hilachas de

algodón empapado que tenía en la mano.

Fue cuando se volvió velozmente.

—¿Qué va a hacer usted?!

Al ver a Eddy, Dan Bascomb, sin la menor vacilación, experimentó una reacción sorprendente. Lo primero que hizo fue tirar el algodón ardiendo sobre el catre; sólo que la precipitación le hizo fallar, y las hilachas llameantes quedaron en el suelo, pero lamiendo las maderas cercanas.

Luego, Bascomb dio un salto hacia donde tenía la escopeta, y la tomó por el cañón con ambas manos, cuando Eddy se precipitaba hacia él, asustado, entendiendo que ya no quedaba lugar a dudas en sus sospechas; quizás la misma sorpresa había retardado un poco su reacción, por lo cual no supo esquivar el tremendo golpe que soltaba Bascomb, con la culata de la escopeta por delante, alcanzando a Eddy en un hombro; le derribó. Eddy rodó por el suelo, y Bascomb, enloquecido, detrás, mientras empezaban a alzarse algunas llamas, que producían un resplandor rojizo.

Resplandor que aparecía en aquellos dos rostros, palidísimo el de Eddy, y sin muestras de reacción el caracterizado de Bascomb.

Bascomb siguió a Eddy, y volvió a descargar un golpe, fallando aquella vez, pero volviendo a la carga, acorralando a Eddy.

—Sé que eres Dan... ¡Basta, Dan, basta...! Deja eso... Ayúdame a apagar el fuego...

—Maldito seas... Maldito, maldito, maldito...

Bascomb, una y otra vez, lanzaba golpes, alguno de los cuales rozaba a Eddy, quien sentía la garra del miedo en su pecho.

—Dan... Dan... —jadeaba—. Tienes que...

—Muere tú también... ¡Muere...!

—¿Dónde está Laurie?! ¿Qué has hecho con ella?

Bascomb rió... Una risa estridente, que parecía brotar de las llamas, cada vez más amenazadoras... Miró un instante hacia el catre, que no tardaría en ser alcanzado por el fuego; bastaría una llamita para que el catre se viera rodeado de fuego...

Eddy, entonces, reaccionó. Quizás fue el propio miedo, aquel terror indescriptible, lo que le hizo soportar un golpe, para poder agarrar la escopeta con ambas manos, y tras un forcejeo arrancarla de las de Bascomb, quien, aullando, loco de ira, quiso lanzarse contra Eddy, pero éste le rechazó con un golpe, y Bascomb, retrocediendo, perdió el equilibrio, cayendo contra el catre, y rebotando al suelo.

Las primeras llamas hicieron su aparición a los pies del catre.

Bascomb se puso en pie, mientras que Eddy, olvidándole, horrorizado por lo que pudiera ocurrir con Laurie, se acercó al catre, y con la escopeta, utilizando la culata, empezó a golpear las ropas, las mantas, que alzaban ya llamaradas hacia el techo reseco de la cabaña; tiró por el suelo aquellas ropas ardiendo.

Pronto empezó a establecerse un círculo de fuego y humo.

Eddy soltó la escopeta, y se precipitó hacia el cofre, sin saber de momento, cómo abrirlo.

En aquellos momentos, había olvidado a Bascomb.

Eddy, en tales instantes, sólo sabía que Laurie estaba allí dentro, con el gravísimo riesgo de morir abrasada, o asfixiada...

Por fin, pudo levantar la tapa, y se sintió muy impresionado al ver a Laurie, desmayada, con humo penetrando por entre aquellas rendijas. Muy pálido el rostro; amordazada, atada, con el vestido de novia destrozado y lleno de manchas de sangre...

Eddy, entonces, jadeando, con la piel húmeda de sudor, y enrojecida por el resplandor de las llamas, hundió los brazos en el cofre, para agarrar a Laurie; de dos tirones la sacó de allí.

El humo lo envolvía todo. Las llamas ya debían verse desde el exterior.

Eddy, tosiendo con violencia, enrojecidos los ojos, irritados, entorpecidos sus movimientos por el cuerpo de Laurie, buscaba la salida sin ver a Dan Bascomb, ni poder ocuparse de él en aquellos momentos.

Por fin, Eddy se encontró en el exterior; torpe, doblándosele las rodillas, tosiendo...

Cayó al suelo, y Laurie se escapó de entre sus brazos, rodando. Se habían oído dos disparos consecutivos, muy cercanos, pero al rodar al suelo fue la salvación de Eddy y Laurie, sin duda alguna, ya que las descargas no hallaron blanco alguno.

Eddy, muy aturdido, sacudiendo la cabeza, metido de lleno en la zona de resplandor de las llamas, cada vez más altas, poderosas, oía voces, carreras, más disparos...

Había gente que se acercaba a Eddy y a Laurie.

Eddy se sintió mejor, e inmediatamente pasó a atender a Laurie, con la ayuda de dos patrulleros, quienes le ayudaron a trasladarse a una zona sin peligro. A un lugar más fresco, donde no llegaban el calor de las llamas ni el resplandor.

Los dos policías, muy asombrados, miraban a la novia...

—Entonces, ¿ella era quien...? —empezó uno de los policías.

—No, no, no... —negaba Eddy—. Están equivocados... ¿Han detenido a Bascomb?

—Oiga, ¿de quién habla...?

—Tillman, es Tillman...

—Huye... Ha disparado, y huye... No creo que vaya muy lejos. Creo que deberíamos reanimar a esta mujer.

—Desde luego.

* * *

Enloquecido, volviéndose de vez en cuando para efectuar un disparo, Dan Bascomb se introducía en el bosque; pero iba a oscuras, y ya en torno a él todo eran círculos de luz; círculos que se encontraban, alumbrando la zona.

Las voces de alto no hacían mella en Bascomb, quien corría, jadeaba, se volvía disparando, tras recargar la escopeta una y otra vez. Malditos todos... Malditos, malditos...

—¡Deténgase, Tillman!

Sí, era Meredith...

—¡Suelte la escopeta, y deténgase!

Dan Bascomb no obedecía.

Tropezaba con aquellos círculos de luz, corría ya alrededor de sí mismo, rodeado, sin poder escapar de aquel cerco...

Sus disparos resultaban peligrosos, y los policías respondían, aunque sólo trataban de intimidarlo. Fue un muchacho joven quien perdió el control de sus nervios, al ver a aquella figura que trepaba por un pino.

Bascomb creyó que desde lo alto de un árbol podría dominar la situación; no dejaría subir a nadie, no dejaría que le atrapasen... Nunca. No le atraparían con vida...

El joven policía dio el alto: Bascomb, sujetándose con una mano, hizo un disparo de escopeta, y el policía respondió, sólo para que la puntería de Bascomb no fuese efectiva. No obstante, la bala alcanzó en algún punto del cuerpo a Bascomb, quien, tras soltar un grito, tras quedar unos instantes agarrado al árbol sólo con las piernas, brazos al aire, soltando la escopeta, no pudo seguir aferrado al tronco. Su cuerpo, de súbito, se precipitó hacia tierra.

FINAL

EN unos segundos, la luz de todas las linternas coincidió en aquel punto.

La luz hacía destacar la cabeza de Bascomb, extrañamente retorcida con relación al tronco; boca arriba, abiertos los ojos...

La bala le había alcanzado sobre la cadera derecha; un disparo no mortal, pero sí lo fue la caída.

Se acercaban, despacio, impresionados.

Meredith, sombrío el rostro, examinaba a Tillman, sin comprender muy bien.

Durante casi un minuto, nadie se movió. Luego, oyeron llegar gente.

La novia. La novia, sollozante, destrozada, que iba con Eddy, que estaba palidísimo. Y los dos policías con ellos...

Todos miraron a Laurie, la cual se dejó caer de rodillas, arreciando en sus sollozos, estremecido el cuerpo, con el terror aún anidando en él.

En cuanto a Eddy, silencioso, se acercó al cadáver. Meredith ya estaba junto a Eddy.

—¿Qué pasó, Kyble? —dijo—. Usted tardaba, sospeché algo, y luego vi unos resplandores que me hicieron adivinar lo que ocurría en la cabaña. ¿Qué tiene Tillman que ver con todo esto?

Eddy se inclinó junto al cadáver de Bascomb; con cuidado, sus manos empezaron a trabajar con rostro y cabellos de Bascomb: Fueron cediendo los apliques, y en un par de minutos quedó al descubierto el afilado rostro de Dan Bascomb, sus grandes ojos melancólicos y vidriados para siempre...

Meredith frunció el ceño, miró, por fin, a Eddy.

—¿Le reconoció, Kyble? —inquirió.

—No... No fue así. En realidad, mis sospechas eran bastante inconcretas; fue... un olor. Un olor bastante especial. Un olor que,

normalmente, no tenía por qué percibirse en la cabaña de un guardabosques; no tenía lógica...

—¿A qué se refiere?

—Usted no ignora que Bascomb y yo trabajamos juntos mucho tiempo en una compañía teatral. Bien..., ese olor corresponde a una sustancia que Dan solía utilizar para sus maquillajes, para cabelleras y barbas postizas, para darles apariencia real... Era tan inconfundible ese olor... Entendí que en aquella cabaña alguien, muy recientemente, había utilizado la sustancia de maquillaje... Me recordó con tanta fuerza a Dan... Luego, el cuerpo; alto, delgado... Fui atando cabos.

—Pudo decirlo —gruñó Meredith.

—Lo siento... Me parecía un poco grotesco acusar a Tillman... Pero es cierto: debí comunicarle a usted mis sospechas.

Miraron al muerto.

Luego, Meredith miró a Laurie.

—¿Y ella? —inquirió.

—Iba a morir en el incendio... —susurró Eddy—, creo que Dan ha tratado de vengar lo ocurrido... Su historia, ¿recuerda? Su amor frustrado... De todos modos, supongo que

Laurie podrá explicar mucho mejor que yo lo ocurrido, aunque... no ahora... —acabó, con un susurro.

Miraron a Laurie.

Seguía de rodillas, destrozada por el llanto, por el miedo, por la crueldad de todo lo ocurrido...

—Sí. Será mejor atenderla —dijo Meredith— Muchachos, a ver si es posible apagar ese fuego; alguna zona del bosque corre peligro. Hay que trasladar el cadáver de ese hombre al Depósito. Hay que...

Había que moverse; las órdenes del jefe de policía empezaron a ponerse en práctica. Y una de las primeras cosas que había que hacer era tranquilizar a Laurie.

* * *

Se estaba bien en aquel rincón del jardín de la pequeña clínica privada. Laurie estaba sentada en un banco, a la sombra, y veía llegar a Eddy, con una cajita de bombones. Eddy la escrutó unos instantes al llegar junto a ella; le dio la cajita, se sentó a su lado...

—Tu aspecto ha mejorado muchísimo, Laurie —dijo, por fin.

—Me siento fuerte, bien, Eddy. Muchas gracias. No deberías

molestarte...

—No te preocupes, lo hago con gusto.

—Me compadeces, ¿verdad? —musitó Laurie.

Eddy la miró a los ojos.

—No es eso, Laurie... Has sufrido mucho, e innecesariamente, además. Para que la vida sea un poco amable contigo en lo sucesivo, existen muchas razones.

Laurie dejó vagar la mirada por el jardincito.

—No sé, Eddy... —musitó—. No será fácil olvidar...

—Inténtalo.

—Me lo he propuesto, sí, pero... ¿Por qué nadie me dijo la verdad con respecto a Dan, hace cinco años, Eddy? ¿Por qué?

—Yo no sabía nada entonces, Laurie... Para mí, tú y Dan erais una magnífica pareja, que os amabais mucho... Lo siento. ¿Es cierto que tu padre sabía que Dan era sólo un enfermo mental incurable?

—Si... No se atrevió a decírmelo; no quiso hacerme sufrir en ese sentido... Se equivocó; trató de apartarme de Dan con mentiras... Todo eso me lo explica mi padre en una carta que ha dejado entre sus cosas... Mi padre prefirió separarme de él con otros medios; además, reconoce que su ambición estaba muy por encima de cualquier amor... Mi padre, a veces, sugería algo con respecto a Dan, pero yo no sabía interpretarlo...

Eddy meneó la cabeza.

—Supongo que tu padre se encontró en una difícil situación, Laurie... —murmuró.

—Pero hizo lo peor; lo resolvió del peor modo. Me engañó a mí, y engañó a Dan...

—Nadie podía sospechar esa reacción en Dan...

—Dios mío... —Laurie se mordió los labios—. Sólo..., sólo un cerebro enfermo pudo concebir esa... venganza, esa serie de crímenes... Y aún se le facilitaban más las cosas con los rencores entre nosotros, con sospechas mutuas, con la ambición por herencias inexistentes... Él iba realizando su macabro trabajo...

—Piensa un poco en esto, Laurie: Dan no fue del todo noble contigo. Dan tenía la obligación de hablarte de su mente enferma...

—Lo sé... He reflexionado sobre eso... Supongo que tendría miedo a perderme...

—¿Eso le excusa?

—No lo sé... No sé, Eddy... No es que le excuse, es que eso es todo lo que se me ocurre...

—¿Qué hubieras hecho, de haberte confesado Dan la verdad?

—¿Cómo saberlo ahora, Eddy? Supongo que hubiera seguido a su lado, alentando siempre las mejores esperanzas para él... Pero no es posible ahora acertar con lo que se hubiera hecho cinco años atrás, y en circunstancias muy distintas... Dan, en su mente enferma, sólo albergaba una lógica, su propia lógica: me había perdido por culpa del oro... Y el oro, representado por los Frisbee, y los traidores, mi padre..., y especialmente yo, debíamos ser destruidos... Éramos los fantasmas de su mente...

Laurie cerró los ojos fuertemente...

—Bien... No es fácil de entender, claro...

—Y mi padre liberó esos fantasmas, con sus mentiras... No hubo nobleza, Eddy, es cierto... No la hubo... Pero, ¿a quién exigírsela? ¿A un pobre demente?

Eddy se removió.

Laurie le miró, dirigiéndole una triste sonrisa.

—No volveremos a hablar de esto, Eddy —murmuró.

—Sería lo mejor para ti, en verdad. Dime: ¿qué harás cuando salgas de aquí?

—Pues..., espero convertirme en una mujer normal, Eddy. No quiero dejarme vencer por el recuerdo, los terrores, ese pasado... —y sus ojos se abrieron mucho, quizás involuntariamente; tal vez recordaba su sentencia en el cofre ardiente—. Buscaré algún trabajo... Pero no me importa; es mejor así. Partiré de cero, pero de mí misma.

—Me alegro de oírte hablar así, Laurie. Indica que te sientes fuerte, animosa.

Laurie sonrió.

Aparecía una enfermera, y hacía señas.

—Ha terminado la visita, Eddy —dijo.

—Sí... En fin, no molestar... Volveré pronto a verte, Laurie, si no te molesta.

—Claro que no, Eddy. Te lo agradezco, de veras.

Eddy sonrió.

Ella también.

Eddy se iba, y Laurie, entonces, volvió un poco la cabeza, para que no brillaran sus ojos llenos de lágrimas.

¿Fuerte, animosa?

¿Quién podía creer de veras que ella olvidaría?

¿Quién?

En todo caso, podría adormecer un poco el recuerdo; sólo eso. Adormecerlo con hálitos de vida... En cuanto a esos hálitos de vida, habría que buscarlos... Aún estaban lejos para Laurie.

FIN

APASIONANTES
TEMAS
PARA EL
MUNDO
DE HOY

BIBLIOTECA RAPIDA



Pídalos en su kiosko habitual

LA REENCARNACION.
EL UTERO.
LA NIGROMANCIA.
DRACULA.
RUJOS E ILUMINADOS.
EN TRANCE.
LAS HUELLAS DE
LA MALDICION.
HISTORIA DE LA C.I.A.
LA PENA DE MUERTE.
VAMPIRISMO.
FUEGO PURIFICADOR.
VISITAS COSMICAS.

EROTISMO EN
LA MITOLOGIA.
LA DEMENCIA INCIPIENTE.
LUZ Y TINIEBLAS.
EL JUICIO FINAL.
VUDU. SANTERIA
MACUMBA.
VISION MEDIUMNICA.
EL F.B.I.
HOMOSEXUALES
Y LESBIANAS.
EL HORROR NAZI.
LA HONORABLE TRATA.

Distribuidores exclusivos en America:
EDITORIAL AMERICA, S.A.
5401 N.W. 36th Street
Virginia Gardens

PVP 30 PTS